

La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1898

Núm. 871

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CANTE, cuadro de Luis Beut

(Salón Parés)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año, que es Napoleón III, interesante obra de M. Imbert de Saint-Amand. El autor de esta obra, aprovechando el testimonio de los contemporáneos del emperador que viven todavía, refiere la vida de aquel soberano, desde su nacimiento hasta su advenimiento al trono, y la de su compañera la emperatriz Eugenia desde sus primeros años. Este libro, que publicamos ilustrado con muchos grabados, además del interés histórico que reviste, tiene los atractivos de una narración amena, abundante en curiosas descripciones y en detalles íntimos que ni por un momento dejan de cautivar el ánimo del lector.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. Los obispos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Federico Chueca*, por José Juan Cadenas. — *Tragedias del amor. Cosas de Correíta*, por Rafael Chichón. — *En la mina*, por Rafael Altamira. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *Los maestros de la literatura contemporánea del Norte*, por T. Brausewetter. — *Máquina para fabricar los billetes de los ferrocarriles en el momento de su distribución*, por G. Mareschal. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Cante*, cuadro de Luis Beut. — *Federico Chueca.* — *El príncipe de Bismarck*, estatua de Gustavo Eberlein. — *Aldeana de Schaumburg*, estudio de Hans Fechner. — *La Verdad*, cuadro de E. B. Debat Ponsan. — *El levita de Ephraim ante el cadáver de su esposa*, cuadro de J. J. Henner. — *En el valle*, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. — *Beso maternal*, escultura de Eusebio Arnau. — *Llegada á la quinta*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *San Oswaldo*, rey de los anglo-sajones, estatua de A. Reinitzer. — El ilustre egipólogo y novelista alemán Jorge Ebers. — *Augusto Strindberg.* — *Victor Hedberg.* — *Gustavo de Geijerstam.* — *Alfredo de Hedenstjerna.* — *Pedro Halstrom.* — *Carlos A. Tavaststjerna.* — *Máquina para fabricar los billetes de los ferrocarriles en el momento de su distribución.* — *Safo*, alto relieve en mármol de Luigi de Luca.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS OBISPOS

No hay día que no confirme la aseveración de que España es un país singular y al cual no se le atan cabos. No hace un año caían un ministro y un Gabinete y un partido y una política entera, porque se litigaba entre el Estado y un obispo la posesión de los predios de un santuario. Caso tal parece más propio de las épocas de fe exaltada que de nuestro siglo XIX. Pero aquí está el reverso de la medalla. No un obispo, varios obispos toman hoy la palabra y en sendas pastorales reprueban el exceso de diversiones y el furor de regocijos y zambras que contrasta con el abatimiento de la patria infeliz. Esto, que recibe mayor autoridad por decirlo un obispo, sería verdad aunque lo dijese Juan Peranzules. Pues bien: España, la católica España, oye á sus obispos como quien oye llover, y sigue jaleándose, con febril animación de tísico que valse, antes de acabar de echar el pulmón por la boca.

Sería injusto, injustísimo, atribuir sólo á las clases pudientes y aristocráticas este vértigo de la «danza macabra ó danza de la muerte» española... En España, tocante á danzas, *no hay clases*. Tan alto sueñan los pianos de manubrio, los organillos y las murgas villanescas, como los violines del cotillón *smart*. Al país entero se le puede cantar en tono de bajo profundo aquel estribillo piadoso:

Jóvenes que estáis bailando,
al infierno vais saltando...

* * *

No hay tema tan socorrido y lucido como el de presentar las virtudes del pueblo en contraste con los vicios de los ricos; pero aquí, donde existe tan poca gente que con propiedad deba llamarse rica, siendo lo general un mediano y corto pasar, y donde ni por la instrucción descuellan extraordinariamente los acomodados sobre los pobres, difícilmente cabría encontrar gran diferencia de nivel moral, y si tal diferencia existiese, ya se habrían verificado cambios trascendentales en el país. El pueblo — por lo menos el que yo veo de cerca, la población *urbana* (!) de Madrid y la población rural de mi aldea — demuestra la misma repugnancia á la actividad y al trabajo, igual anhelo de excitaciones malsanas, igual afición á lo que sólo definiremos expresivamente con el nombre de *juerga*. En Madrid no necesitan pretextos para festejar á San Lunes: se toman el asueto porque sí, y empalman la broma de una semana con la broma de la semana siguiente, entre teatrillos por horas, Viveros, Ventas del Espíritu Santo, rondas

de copas, farolillos y mucho *marcarse*. En el campo, una especie de recato obliga á buscar la complicidad de los santos y santas de la corte celestial, y la haraganería se disfraza de devoción. No bastan los domingos ni las fiestas de guardar prescritas por la Iglesia: se inventan otras, y no le digáis al campesino que en semejantes fiestas por él mismo decretadas unza al carro la pareja de bueyes, ni dé un azadonazo. ¡Más pronto trabajará el domingo! Las fiestas suelen durar — en estos meses en que la agricultura exige tanta asiduidad — cuatro ó cinco días seguidos, y ya el viernes y el sábado — rendida la gente del bailoteo, floja para la labor — se incorporan al resto de la semana, disipada en *gaudeamus*.

* * *

Nadie deduzca de mis palabras que los pobres están divinamente y que, por las señas, se les puede todavía recargar la contribución un poquito, siquiera un diez por ciento, en los presupuestos inmediatos. Los pobres están muy mal, como está muy mal la nación en conjunto. Precisamente, si algo revelan estas diversiones que los venerables obispos pierden el tiempo en condenar, es el malestar profundo, la decadencia tal vez irremisible de una nación. Dime qué te divierte, y te diré quién eres.

Ese labriego que desperdicia, de los 365 días del año, cerca de la mitad en fiestas donde se le calientan los cascos y reparte palos y dice y hace otras cosas *non sanctas*, come á diario unas berzas sin grasa y una corteza mohosa de pan de maíz, duerme confundido con los animales, y sus niños patullan descalzados. Ese artesano de la corte que no pierde verbena ni corrida de toros, que estira los Carnavales hasta la Piñata y la Navidad hasta mediados de enero, habita un zaquizamí sin aire respirable, se mantiene con judías y gallineja, trasuda inmundicia y su boca es una sentina de groserías insolentes. Esa familia tenida por rica, que gira en el torbellino de las distracciones, ha carecido siempre de dinero para alargarse dos estaciones más allá de San Juan de Luz, para asomarse á Europa, para dar á sus hijos é hijas completa educación, para el baño cotidiano, para adquirir libros, para consultar y atender en serio verdaderas enfermedades, para poseer un jardín donde se espacie el ánimo y se robustezca el cuerpo, para adquirir una obra de arte, para todo lo que es cultura humana y ornato delicado de la existencia...

Si se les recarga la contribución, no por eso veréis disminuir esos regodeos hueros ó perjudiciales; no se apagará un farolillo, no enmudecerá un organillo, no quedará desocupado un asiento en la plaza ni en el teatro. Lo que sucederá es que el labriego acortará la ya mísera ración, que el artesano buscará un tabuco todavía más obscuro y angosto, que la familia suprimirá un principio de la mesa y despedirá al profesor de dibujo ó de inglés... y que todos lo pasarán peor, y serán más desgraciados, más sucios, más escrofulosos, más ignorantes, resultando de esta pérdida individual la pérdida colectiva, el *menos valor* — como diría Herberto Spéncer — para la nación española.

* * *

Alguien ha sostenido, no sin razón á mi ver, que esta fiebre de diversiones que en tan impropios momentos parece haberle entrado á España, no es brutal indiferencia, sino desesperado escepticismo. Hay circunstancias que obligan á echarse el alma á la espalda, y la cuenta del perdido, y como diría Sancho, todo á doce, aunque no se venda...

De una parte, el convencimiento de que el esfuerzo es estéril y vana la intención; de otra, el afán de aturdirse y olvidar humillaciones candentes aún en las mejillas; de otra, las amenazas del porvenir, más obscuro después de la paz que antes; porvenir que horripila mirar frente á frente, pueden explicar la actitud en que nos hemos colocado y en que se colocaron también ciertas naciones en horas no menos críticas: Bizancio, por ejemplo. Es imposible que esta misma España, en distintas condiciones que las actuales, no recapacitase, no sintiese, no llorase, no tuviese una de esas crisis de dolor que redimen y dignifican...

Estamos enfermos, estamos infestados; padecemos invasión de esos entes que Alejandro Dumas, hijo, describió á maravilla en *La Extranjera*, bajo el nombre de *vibriones*. «Son — dice — vegetales nacidos de la corrupción parcial de los cuerpos, que hasta hoy se tomaron por animales, á causa del movimiento ondulatorio que les es peculiar. Su función consiste en corromper, disolver y destruir las partes todavía sanas del organismo. Son los obreros de la

muerte. Las sociedades son organismos también, que se descomponen en ciertos aspectos y en momentos dados, y producen vibriones con forma humana, que parecen seres animados sin serlo, y que hacen inconscientemente cuanto pueden por corromper, disolver y destruir el resto del cuerpo social. Por fortuna la naturaleza no quiere muerte, sino vida: resiste á los agentes de la destrucción y vuelve contra ellos mismos los principios morbosos que contienen...» De estos vibriones tenemos á millares hoy: el vibrión social, que sólo piensa en reirse y en que se ría el mundo entero; el vibrión político, que sigue dando vueltas á la desvencijada maquinaria electoral, como si no existiese cosa mejor que hacer; el vibrión pseudo-patriota, que se agita para disfrazar y encubrir *lo sucedido*, como si fuese algún secreto; el vibrión aprovechado, que busca manera de calentarse y asar sus castañas en la hoguera que nos devora...

* * *

Ya que he citado á un moralista como Dumas hijo, espigaré en sus obras otro párrafo enteramente aplicable á nuestra situación actual. «¡Cuidado! — dice á sus compatriotas en la apología de su drama *La mujer de Claudio*. — Atravesamos tiempos difíciles, acabamos de pagar caros — y aun seguiremos pagándolos — nuestros últimos errores: no es hora de ser libertinos, escépticos, ligeros, bromistas; por algún tiempo siquiera, seamos graves. Dios, la patria, la familia, el trabajo, el hijo..., cosas serias, muy serias, surgen ante nosotros. ¡O todo eso vive, ó morimos! Recojamos estos elementos de eternidad, y hagamos de ellos nuestra comunión y nuestra conciencia... ¡Si no...! El extranjero que nos ha vencido quiere rematarnos y nos acecha y ronda; el genio maléfico que nos ha seducido y pervertido se queda á nuestro lado, amenazador; el hijo con quien contamos y en quien nuestro espíritu ha de revivir, la generación que ha de darnos el desquite, vacila entre el trabajo y el goce, entre el ideal y la pasión; seamos cautos, morigerados, resueltos, implacables: cualquiera que sea la tentación que pretenda desviarnos del camino, rechacémosla; cualquiera que sea el obstáculo que se eleve contra nosotros, suprimámoslo: de otro modo, seremos raídos de la lista de los vivientes.» ¡Cómo se reirán, al leer este párrafo, los *vibriones* nacionales que ahora mismo, sin asomos de pudor, á dos pasos del sitio en que caen como moscas las víctimas repatriadas de la guerra, alzan la copa llena de espumoso champagne y redondean el brazo para ceñir el talle de las damiselas y arrastrarlas á una vuelta de vals — vals que en tales circunstancias recuerda más que nunca la ironía fúnebre de la danza de la muerte! — Mi pluma se niega á indicar siquiera dónde están esos vibriones...

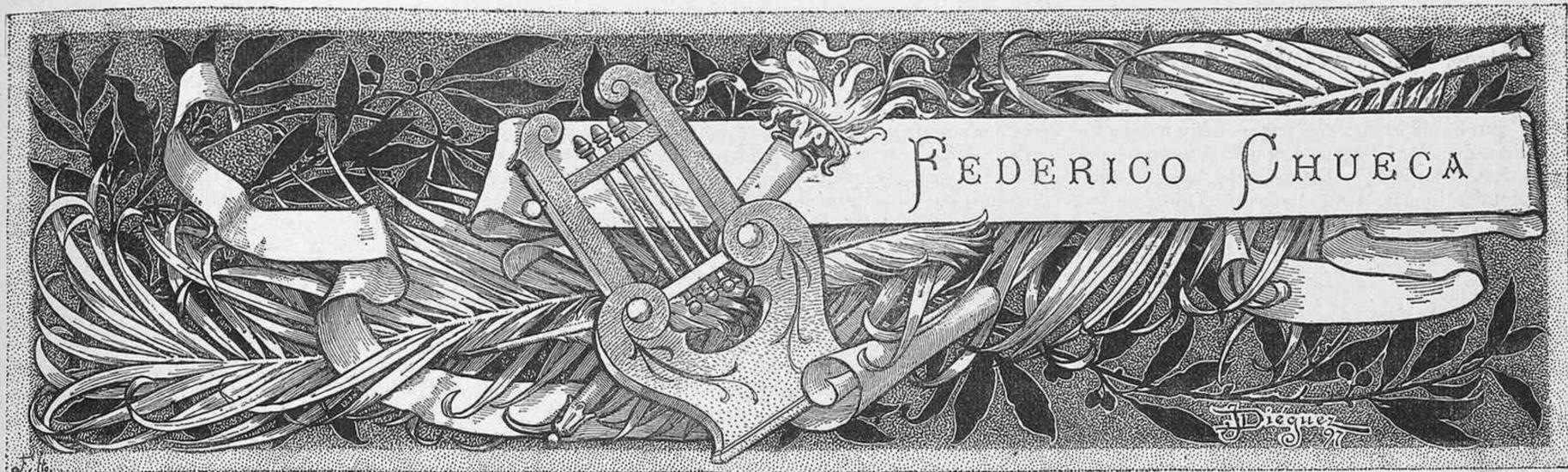
* * *

No cabe duda, la razón asiste á los venerables obispos, el patriotismo habla por su boca; las frases de sus pastorales vienen á decir lo que decía Dumas á los franceses — y nadie extrañe la analogía, porque la moral y el decoro son un campo cerrado en que, véngase de donde se venga, es muy fácil acercarse y hasta tropezar. — Dios, la patria, la educación, las profesiones, el ejército, la marina, la política, son cosas serias, muy serias..., y las desgracias de un pueblo sólo obtienen respeto cuando ni las merece ni las sufre en silencio amodorrado ó, lo que es peor, en estúpido acceso de insano regocijo...

Pero, lo repito, de los venerables obispos nadie hace caso cuando tocan á privarse del holgorio. Una de las cosas que más bastardean los países cuando por la pendiente de la fatalidad son conducidos á la decadencia, es la religión. Al par que se desarrolla y cultiva una intransigencia medrosa y pueril, se pierde aquel sentido robusto y amplio de la fe que unía la idea de la patria con la idea de Dios, y hacía del altar foco sagrado del fuego heroico.

Las sensatas advertencias de los obispos adquieren doble fuerza ante el espectáculo que hemos presenciado estos días, el desfile de moribundos y muertos conducidos en camillas desde el vapor *Alicante* hasta el Lazareto. Digo *muertos*, porque muchos que salieron vivos del barco eran cadáveres antes de tocar la tierra. Oigo que *cuarenta y ocho* espiraron en tan corto trecho... ¡Cuarenta y ocho! Obscuras víctimas que cayeron al primer soplo del aire de la tierra natal... Obispos españoles y patriotas, bajad la cabeza cubierta de canas, postraos, rezad, pedid por nosotros... La oración alivia, y Dios no será sordo, como los hombres de endurecido corazón.

EMILIA PARDO BAZÁN



FEDERICO CHUECA

Es una de las personalidades más populares en España. El autor de la marcha de la zarzuela *Cádiz*, de la que se ha hecho una especie de himno nacional, es además un ejemplo curioso de artista.

Las peripecias, los sucesos ocurridos en la azarosa vida artística de Chueca, darían seguramente materia suficiente para llenar un volumen mayor que aquel en el que Henry Mürger inmortalizó *La vida bohemia*.

Chueca, llevado por su irresistible vocación artística, acudió a las aulas de nuestro Conservatorio Nacional de Música y Declamación. El maestro Valverde, profesor entonces en aquel Centro, descubrió en el joven músico cualidades poco comunes de compositor y le animó en su carrera. Poco tiempo después Chueca, que soñaba constantemente con los triunfos escénicos, halló modo de que le proporcionasen el libro de un juguete en un acto que se titulaba *Tres ruinas artísticas*, y sin pararse a pensar las dificultades que indudablemente tendría que vencer, hizo los cantables y compuso la partitura.

No es preciso enumerar los trabajos que Chueca hizo hasta ver compuesta la obra; pero una vez terminada ésta, tropezó con la dificultad gorda, casi insuperable. El joven estudiante no conocía aún los misterios de la instrumentación y sin esto la obra no podía ser representada.

En tan apurado trance ocurriósele acudir a su profesor de música, al maestro Valverde, y éste brindóse desde luego a corregir la obra, componer algún número nuevo y después instrumentar toda la partitura.

Hecho esto la obra fué estrenada en el teatro de la Infantil, si no recuerdo mal, y obtuvo una acogida cariñosa por parte del público. Aquello era suficiente para animar a un carácter enérgico como el de Chueca, y desde aquel día púsose a trabajar con verdadero amor, para lo cual decidió... no estudiar más.

No estudiar más, abandonar la carrera, no perder el tiempo (según él) en vano. Y con la colaboración del maestro Valverde empezó a estrenar obras en los teatros de la corte, y a adquirir poco a poco el nombre que hoy disfruta.

Es curioso ver cómo este popular compositor *hace* la música para las obras que le entregan. Trabaja sobre el piano, y a un tiempo mismo improvisa música y letra, esas letras que tan pronto aprende el público y que dan la vuelta por todos los teatros de España.

Así es como únicamente se explica esa manera especial de cortar los versos de los cantables, ese rarísimo modo de cargar los acentos, esos *couplets*, en fin, que leídos resultan perfectamente disparatados.

Ejemplo el popularísimo:

«Caballero de gracia me llaman
y efectivamente
soy así...
pues sabido es que a mí me conoce...»

Otras veces varía el maestro Chueca de sistema y compone un número cualquiera sobre el piano; un vals, una mazurka, un paso doble (su especialidad) sin destino inmediato, y después, cuando aquella composición encaja en una obra cualquiera, coloca allí el número y hace un *monstruo* de letra, según el

tecnicismo teatral, para luego componer la letra del cantable con arreglo a los versos y acentos que señala el monstruo. Y alguna vez ha resultado que se ha estrenado la obra precipitadamente y se ha cantado el *monstruo*, que por lo regular es un disparate mayúsculo.

Sin embargo, justo es confesar que los cantables que Chueca compone tienen muchísima gracia, y algunos están hechos con sentimiento y delicadeza exquisitos.

* *

La marcha de la zarzuela *Cádiz*, antes de que el público la saborease, cuando sus autores no soñaban

ner el *cuadro*, aparte de que el público unas veces está mejor dispuesto que otras, y

«La jota es alegre ó triste
según está el que la canta.»

* *

Cuando Chueca estrenó *El chaleco blanco* con Ramos Carrión, éste, que tenía un miedo cerval, vió que los *morenos* se metían con el primer cuadro de la obra, porque en realidad aquella primera parte resultaba muy cansada, lánguida, insulsa...

Ramos Carrión, que estaba entre cajas, al oír el taconeó que se armaba en la sala, dijo al maestro:

— ¡Vaya! Federico... ¡Esto se hundió! Vámonos...

Y Chueca exclamó picado en su amor propio:

— Aguarde usted, que todavía no he entrado yo.

Y efectivamente, en el tercer cuadro, casi todo él musical, la obra entusiasmó a la concurrencia, que tributó una ovación a Chueca.

* *

El trimestre de Chueca es posible que pase de cinco mil duros. Tiene muchas obras y éstas son representadas en toda España, en América y en algunos teatros del extranjero. En Italia, por ejemplo, se hace *La Gran Via* en tres ó cuatro teatros.

Esta obra, *La Gran Via*, ha producido más de cincuenta mil duros de derechos de representación. Ultimamente se ha estrenado en París.

Chueca es aficionado a toda clase de *deportes*. La bicicleta es en la actualidad el *sport* que goza de más privanza. Es además el popular maestro un fotógrafo consumado. Su casa es un museo. Allí tiene innumerables retratos de todas clases, hechos por él, vistas panorámicas, escenas de obras, etcétera, etc. Hace verdaderas preciosidades y puede decirse que la fotografía no tiene secretos para el insigne autor.

Trabaja poco... Sin embargo, durante la próxima temporada estrenará dos nuevas obras, que serán como todo lo que produce Chueca, un encanto de gracia, originalidad y frescura.

JOSÉ JUAN CADENAS



FEDERICO CHUECA (de fotografía de Lokner, Madrid)

siquiera que había de llegar a ser el himno nacional, formó parte de una obrilla que creo se estrenó en Variedades, y que por cierto no gustó gran cosa la noche de su estreno.

Allí la famosa *marcha* era un paso doble que cantaba el coro de señoras, adornadas con mantones de Manila y haciendo muchas monerías en el escenario, y aunque el número resultaba brillante, no entusiasmó ni mucho menos, ni siquiera llegó a fijar la atención del público.

Años después ocurriósele a Chueca poner el paso doble al final del primer acto de *Cádiz*, y... todo el mundo sabe lo demás.

La noche del estreno las notas vibrantes de esta hermosa composición musical electrizaron a los espectadores, que tributaron una ovación inmensa a los autores.

Véase, pues, de cómo una misma obra produce distinto efecto, y es que realmente en las obras teatrales el *marco* es la mitad del éxito que pueda te-

TRAGEDIAS DEL AMOR

COSAS DE CORREÍTA

El celebrado autor de *Rosas y Perros*, el más devoto del insigne Bécquer y su mejor biógrafo, el chispeante gacetillero de *El Contemporáneo*, el comensal obligado en toda aristocrática fiesta, el ingenioso D. Ramón Rodríguez Correa — q. s. g. h. — conocido por este nombre tan sólo en el mundo de la política y en la alta burocracia y *Correíta* llamado por el *todo Madrid*, concurría asiduamente a casa de Albareda, donde se congregaba a diario en íntima asamblea nocturna verdadera legión de jóvenes bellezas femeninas, parientes, en su mayor parte, del ya citado popular político andaluz.

Entró una noche Correíta, dando muestras de honda preocupación, cabizbajo y taciturno, al par que desasosegado é inquieto. Estas dos últimas demostraciones eran en Correa características, y no por

ellas se extrañó la concurrencia; pero sí de las anteriores, que no armonizaban con su natural jovialísimo y parlero.

No saludó, como acostumbraba, á los contertulios, dirigiéndoles frases siempre regocijadas y epigramáticas, y dióse á buscar entre el farrago de diarios que había esparcidos por mesas y asientos el periódico *La Época* — que después supimos había hecho desaparecer de antemano — en la cual, decía — respondiendo á las atropelladas preguntas que todos le dirigían para que explicara el motivo de su taciturnidad, — estaba el origen de su preocupación y sobresalto.

— Pero ¿qué dice *La Época* esta noche que tan malhumorado lo tiene, Correíta?

— ¿Se ha armado la gorda?

— ¡Explíquese usted, hombre de los demonios, y no nos tenga por más tiempo intranquilos!, clamaba la concurrencia al unísono.

— ¡Es horroroso, es tremendo, es inaudito, es espantoso!, se limitaba á contestar el interpelado.

— Pero si usted lo ha leído, ¿para qué necesita tener á mano *La Época*? ¿Tan mala memoria tiene usted que no recordará lo bastante para referirnoslo?

— Tan vivo tengo el recuerdo de lo que acabo de leer en el casino, decía con tono patético Correíta, tan grabado ha quedado en mi alma, que no se borrará de ella mientras conserve la memoria. Pero *La Época* hace una descripción preciosa y muy completa del hecho y es lástima que ustedes no la conozcan.

Reducido y estrechado éste por la grey femenina, tomó al fin asiento, y mientras limpiaba sus gafas y mirábalas con mirada de miope á través de la luz próxima, comenzó su narración.

El hecho ha tenido lugar hace tres días en un pueblo de Extremadura, en Resquejuelos.

Prudencio Lara quedó huérfano de padre y madre siendo un niño y además pobre. Graves descalabros sufridos en los negocios determinaron la muerte del autor de sus días, ya muy enfermo de una afección al pecho, contraída por el intenso dolor que le causara la pérdida de su esposa, á quien amaba profundamente.

Fué recogido Prudencio por su tío carnal, D. Andrés de Lara, que también vivía en Resquejuelos; hombre bondadoso y muy amante de la familia, sin fortuna bastante para poderse llamar opulento — si lo fuera habría evitado la ruina del hermano, — pero acaudalado lo bastante para soportar, sin miseria, malas cosechas.

A D. Andrés, como al padre de Prudencio, sólo plugo á Dios favorecerle con un solo hijo, y aun cuando aquél no era viejo ni mucho menos, habíase casado en edad machucha, y esto, unido á ciertos achaques adquiridos en su incesante labor campesina, le hacían desesperar de aumentar su prole.

El retoño del buenazo de D. Andrés llamábase Anita, muchacha de unos diez años, á quien el Altísimo se había complacido en colmar de inteligencia perspicaz, corazón sensibilísimo, suma modestia y docilidad de carácter, escatimándole, en cambio, belleza plástica, si bien no podía afirmarse que traspasara las lindes de la fealdad.

De igual edad los primitos, ambos crecieron al calor del mismo hogar, juntos compartieron por igual el amor que les profesaba aquel bendito matrimonio — el cual ponía todo su conato en no establecer diferencias en el trato de los adolescentes, — y juntos también divertieron su niñez, hasta que Anita pudo ayudar á su madre en el gobierno interior de la casa y Prudencio acometer estudios superiores á la enseñanza elemental y primaria.

Atento el matrimonio á la educación y porvenir del desgraciado sobrino, determinó enviarlo á la capital de la provincia al cuidado de un antiguo amigo de la familia para que estudiara el bachillerato. Hízose así, y al partir el escolar lloró mucho Anita, no menos Prudencio y sus padres adoptivos: lágrimas que si estaban justificadas en éstos, estábanlo más en los dos muchachos, porque sin darse de ello cuenta, como rapaces que eran, la separación había revelado un secreto íntimo, sentimiento que no era ciertamente afecto fraternal, sino amor, en crisis, es cierto, pero amor al fin, con todos sus típicos caracteres.

Iba el estudiante á Resquejuelos en las vacaciones escolares y en las fiestas onomásticas de la familia, y en estas excursiones se consolidó aquel amor que juraron los primitos mantener vivo eternamente.

Cursado el bachillerato con aprovechamiento, no deseaba Prudencio otra cosa que dedicarse al cuidado de la hacienda, aliviando á su tío de la pesadumbre de trabajo que le afligía, con lo cual aseguraba de paso su permanencia cerca del objeto de sus an-

sias amorosas. Pero D. Andrés, que tenía noticias muy halagüeñas del esclarecido entendimiento de su sobrino y que anhelaba verlo hecho todo un hombre de carrera; que acariciaba en su mente la idea de casar en su día á los muchachos, pero que temía al propio tiempo que el amor por él sorprendido pudiera acarrear desventuras, dada la intensidad con que se demostraba, la inexperiencia de los jóvenes y su íntimo y continuo trato, y no teniendo aún edad apropiada para unirlos en matrimonio, determinó, con resolución irrevocable, enviar á Prudencio á la Academia Militar, pues no daban sus rentas para pretender carrera larga y costosa.

Separáronse los amantes con redobladas muestras de amargura. Ratificáronse los juramentos. Cambiáronse prendas de amor y protestas de fidelidad. Partió el futuro milite para su nuevo viaje. Renováronse los de vacaciones, durante los cuales y en la correspondencia que á diario sostenían, consumíanse en la llama del amor más intenso.

Terminada la carrera á fuerza de notas de sobresaliente, obtuvo Prudencio una corta licencia para gozar las delicias del paterno hogar, las que le brindaba su enhiesta pasión y las no menos dulces y sabrosas de la vanidad de lucir en el pueblo la flamante estrella de alférez.

— Perdonen ustedes que sea tan prolijo, aunque procuro acortar mi narración, dijo Correíta volviendo á dar un limpión á sus gafas; pero conviene el conocimiento de estos antecedentes, preparatorios de los sucesos que seguidamente referiré.

— ¡Nada de eso, Correíta!, exclamó á coro el concurso femenino haciendo protestas del interés que le inspiraba una historia de amores, siempre grata á la gente moza. Siga usted, siga usted, que todas somos oídos.

Terminada la licencia — continuó el narrador — no hay para qué encomiar lo cruento de la nueva separación.

Pues bien: Prudencio, que en los primeros meses de ausencia escribiera cotidianamente, dió en hacer alternas sus cartas; después, bisemanales, y por último hiciéronse tan raras, que apenas recibíase una por mes, y éstas, concisas, frías, limitadas á participar traslaciones de guarnición, asuntos del servicio, el estado de salud y ni una sola palabra de lo más interesante: de amor.

De la taciturnidad pasó Anita á la hipocondría y al desgano; padeció ictericias que comprometieron su vida, y por último, la terrible tuberculosis se apoderó de su organismo.

Una tempestad de protestas acogió estas palabras del narrador.

— ¡Al fin, hombre había de ser!

— ¡Qué infame el tal Prudencio!

— ¡Connigo podía haber dado ese extremeño!, gritaron indignadas las beldades, comensales de Albarreda.

— No impacientarse, jóvenes, que estamos muy próximos al desenlace, interrumpió Correíta, y restablecida la calma continuó diciendo:

Sucedió que al poco tiempo cayó Prudencio enfermo de gravedad, trasladándose á la hospitalaria casa de Resquejuelos, en la cual, á pesar del enojo que reinaba por las ingratitudes recibidas, fué acogido con muestras del más entrañable afecto.

D. Andrés formó decidido propósito de que su hijo adoptivo abandonara la maldecida carrera y de casarlo á raja tabla con Anita, con lo cual le retendría para siempre en Resquejuelos y así descargaría la pesadumbre que abrumaba su conciencia, aseguraría la vida de su amada hija y gozaría en los últimos años de una vida placentera, rodeado de los suyos, entre los cuales daba por seguro contar á los indispensables netezuelos.

La presencia del enfermo reanimó á la infeliz Anita, la cual constituyóse en hermana de caridad. Prudencio, por su parte, correspondía á tan tierna solicitud con frases encomiásticas de infinito agradecimiento; pero hartó comprendía la olvidada amante que Prudencio no era aquel que recogiera con anheloso afán las más preciosas florecillas campestres para ofrecérselas con amorosa diligencia, ni aquel escolar que regó con lágrimas el camino de la villa á la capital de la provincia cuando partió para estudiar el bachillerato, ni menos aquel corresponsal amoroso que escribía desde la Academia Militar; en una palabra, que á su Prudencio lo habían cambiado las circunstancias ó los años, y ¿por qué no decirlo de una vez?, alguna mujer, robadora de su amor. Lo cierto era que su primito no correspondía á las ansias que por él sentía, y que las excusas y atenuaciones de la conducta con ella observada eran más retóricas que sinceras, las protestas de amor tibias y más bien dictadas por la gratitud y la conmiseración que por la pasión amorosa.

Heridas de muerte las fibras más sensibles del corazón de Anita, veásele caminar rápidamente á una muerte próxima, y apercibido Prudencio de un inmediato y fatal desenlace, apenas hubo desaparecido la gravedad de su dolencia, sin esperar á convalecer, preparó las cosas de tal suerte, que bien pronto fué llamado para prestar servicio con órdenes tan apremiantes y tan inexcusables — al fin órdenes militares, — que no le daban lugar á expedientes dilatorios ni treguas de ninguna especie.

La noticia del próximo cuanto inevitable viaje de Prudencio causó á la desventurada Anita mortales congojas, tanto más acerbas cuanto más las disimulaba para no causar tristezas al ya por demás abatido ánimo de sus padres. Resuelta animosamente á morir antes que revelar toda la intensidad del martirio que sufría, no exhaló una queja, guardó con heroica avaricia sus cuitas y sólo sonrisas aparecían en sus labios y destellos de seráfica placidez en sus expresivos ojos.

Llegó por fin la víspera de partir el despiadado Prudencio. Dispuso éste su equipaje, auxiliado por Juanillo, el asistente que trajo consigo. D. Andrés y su buena esposa, aterrados ante las consecuencias fatales que preveían con motivo de la indefinida separación de los muchachos, se recogieron en sus habitaciones, entregándose á tristes pensamientos y por último á un profundo sueño, impuesto por la fatiga de sus trabajados espíritus. Anita retiróse á su vez, después de haber atendido á todos con solicitud y actividad febriles, y despedidos los criados de sus amos, cerradas las puertas exteriores y apagadas las luces, sumióse la solariega casa de los Laras de Resquejuelos en ese silencio insólito, característico de las villas rurales, tan sólo interrumpido por los elementos cuando se desatan, y á diario por los ruidos que produce el ganado en la cuadra ó en el establo, ó por el canto del gallo gentil y vigilante.

Largo espacio permaneció Prudencio en insomnio, alimentado por el decaimiento de sus energías físicas y morales. Acusábase la conciencia su infidelidad: amaba con loca pasión á cierta beldad que había conocido en Vitoria; con ella y con sus padres había contraído compromisos inexcusables que, á su juicio egoísta, eran más sagrados que los adquiridos con sus bienhechores y su desventurada prima.

En vano llamaba Prudencio al sueño en su auxilio. Rebelde á su conjuro, más huía cuanto más lo evocaba.

No debió transcurrir, no obstante, mucho tiempo después de empeñada tan descomunal batalla con Morfeo, cuando el convaleciente percibió con clara distinción, en la serenidad de la noche, el leve ruido que produjo la puerta de su estancia al abrirse con exquisita discreción y sigilo. Fija su mente en la infortunada Anita y animoso y esforzado milite, no sospechó ni menos le intimidó la posibilidad de que pudiera ser sorprendido por bandidos: no los había en la comarca, ni aquella casa podía ser codiciada por ellos.

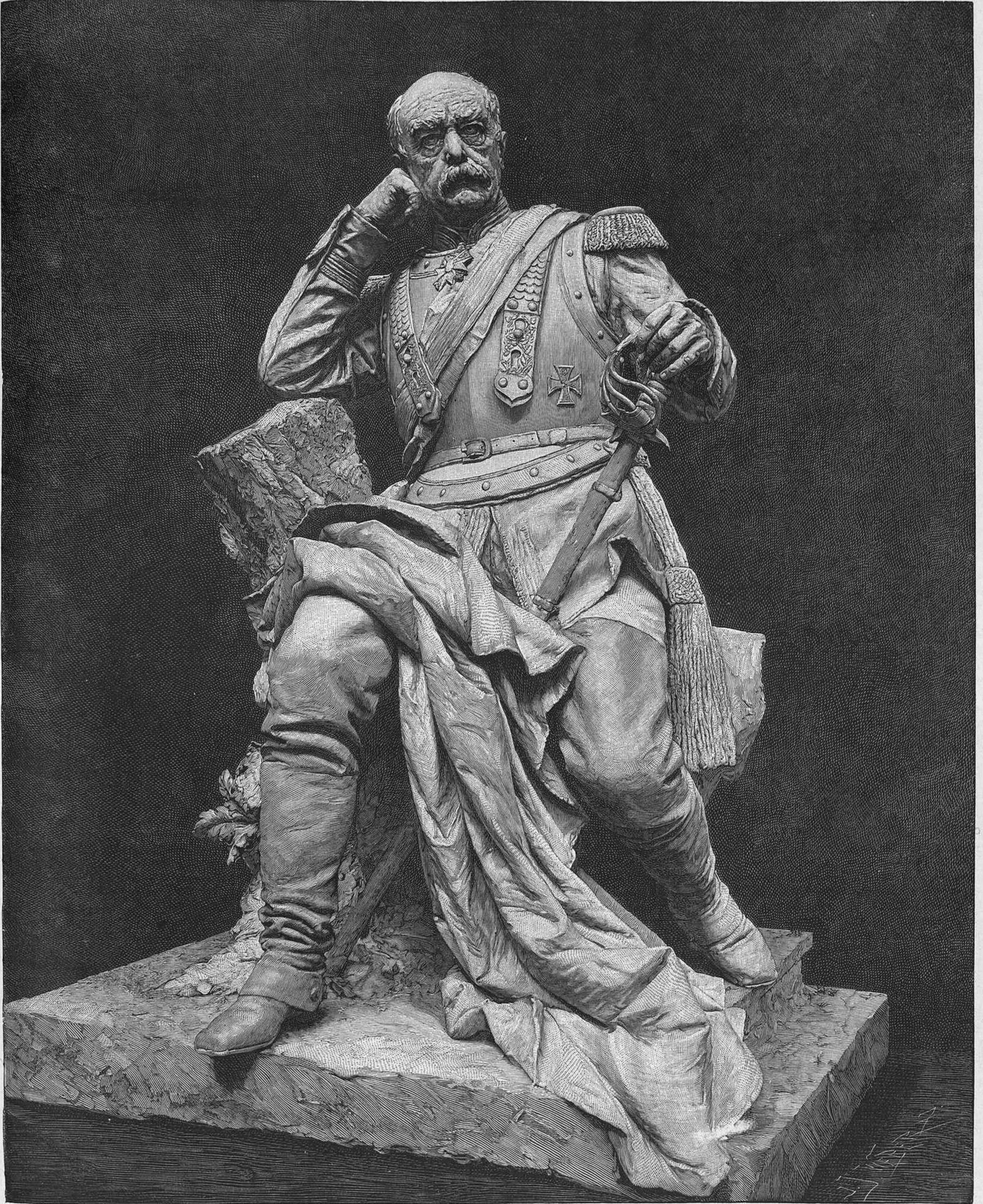
¿Quién más que Anita podía aventurarse á visitarlo en aquellos momentos, poniendo tan prolijo cuidado al franquear la puerta del aposento? Tras el ruido que ésta produjo, percibió Prudencio el del roce de vestidos femeninos en el pavimento y el de breves pisadas de alguien que se aproximaba á su lecho. No cabía ya duda: su prima, en el paroxismo de la pasión, acometía la empresa más arriesgada para su honor, en el cual iba envuelto el de la familia y el fracaso de todos sus planes y ensueños de amor concebidos y propuestos con su hermosa vitoriana.

Contuvo Prudencio el aliento, simuló el más profundo sueño y volviéndose del lado de la pared esperó con mortal angustia. Anita, que en efecto ella era la que se acercaba, se detuvo ante el lecho: inmóvil ante él y reprimiendo anhelante respiración, permaneció breves momentos, transcurridos los cuales se acostó al lado de su primo, con las delicadezas con que pudiera haberlo hecho una gata de Angora al posarse en el regazo de su aristocrática dueña.

Palpitaba el corazón de Prudencio, mejor dicho, trepidaba con sacudidas semejantes á las de un motor de una fábrica de electricidad; se abismaba, se aterraba de la temeridad de su prima; pesaba y medía las fatales consecuencias que acto tan imprudente había de producir, cualquiera que fuese su solución, y en trance tan afflictivo no acertaba á resolver ni qué partido adoptar.

Anita sollozó, lloró y suspiró hondamente, si bien atenuando sus muestras de dolor. Apenas transcurrida media hora, cesaron éstas y ni la más débil respiración denunciaba la infeliz amante.

¿Habrás dormido rendida por el sufrimiento?, pensaba Prudencio. ¿Sufrirá un síncope? ¿Velará? Y



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK, estatua de Gustavo Eberlein

como se avecinara la hora del alba y el riesgo se hacía inminente, resolvióse á poner fin á escena tan insostenible, é incorporándose en la cama, vió confirmadas sus vehementes sospechas de que Anita era la que compartía con él su lecho.

En vano la interrogó con apagada voz; Anita no respondía. Determinóse á cogerla las manos, á tentar su frente y sus mejillas, y presa de terror pánico saltó de la cama con agilidad de gamo: Anita estaba yerta, con la frialdad de la muerte y rígida como un cadáver: Anita, en efecto, había dejado de existir.

Convulso, trémulo, con actitudes y movimientos de epiléptico, recorría la estancia, balbuceando frases ininteligibles, presa de intensa fiebre, atónico, delirante.

¿Qué hacer en tan espantoso conflicto? Dejar á su prima allí sería agravar con la deshonra el inmenso dolor de los padres. ¿Trasladarla á su propio aposento y á su propia cama? Imposible, sin despertar á las sirvientas, que dormían en lugar inmediato á aquel.

Rápidamente, con la energía de las resoluciones supremas, Prudencio se lanzó sigiloso en el interior de la casa, despertó con discreción á Juanillo el asistente, con él volvió adonde yacía Anita, y mostrándole el cadáver refirióle lo ocurrido y encarecióle la imperiosa necesidad de borrar, sin demora ni tregua alguna, las huellas de la catástrofe, de la cual era inocente. Pronto anunciaría el gallo la alborada; presto, muy presto, alzaríase el día y con él la gente de la casa, y no había otro remedio que simular un suicidio para poner á salvo la honra de todos.

Acercóse Prudencio al oído de Juanillo, murmuróle algunas frases, y resueltos ambos, tomaron en sus brazos el cadáver, y con lento paso, ateridos por el frío de madrugada invernal y el que les hacía sentir el espanto, dirigieron al huerto, y una vez en éste al pozo, en el cual habían de arrojar el fatídico convoy...

— ¡Pero eso es cruel, eso es indigno, brutal, inhumano, horroroso, feo! exclamaron las juveniles bellezas femeninas que habían escuchado anhelantes el patético relato.

— ¿Tuvo valor ese monstruo de Prudencio para lanzar al pozo el cadáver de Anita?, interrogaron aquellas al unísono con vivísima ansiedad.

— ¡Cal!, gritó Correíta levantándose del asiento y paseándose con la nerviosidad en él característica. Llegado Prudencio al punto culminante de su agitación moral, al sentir el frío de la madrugada invernal, el del cadáver y el del brocal del pozo, que estaba helado..., ¡despertó! Todo había sido una pesadilla.

Una tempestad de apóstrofes acogió estas palabras; la indignación estalló contra el que así habíase burlado de la concurrencia, y restablecida la calma todos repetían:

— ¡Al fin, cosas de Correíta!

RAFAEL CHICHÓN

EN LA MINA

Llegaron al tren de carbón, que estaba formado más allá de los muelles. Parecía un juguete con su maquineta de ancha chimenea, sus vagonetas portadoras de hulla, y á la cola un vagoncito que semejaba un baúl grande agujereado. Subieron, y el tren comenzó á deslizarse rápidamente sobre los rieles tendidos á lo largo de la carretera despejada y limpia, á cuyos bordes empezaba la vega, de verdes prados y huertas frondosas, regada por un río de corriente fortísima, que llenaba el aire con el rumor de sus aguas bullidoras. En quince minutos salvaron la distancia que les separaba del plano inclinado.

— ¿Vamos á subir por ahí?, preguntó Nieves mirando asustada la atrevidísima pendiente, por donde corrían entonces dos vagonetas en sentido contrario.

— Por ahí no, contestó el capataz. Subiremos á pie por un camino que está al lado.

Y cogiendo la maleta de Nieves echó á andar.

El segundo tren no era tan cómodo como el primero. Llevaba á la cola una vagoneta de las que llaman «mesillas», abierta por los lados, sin toldo y provista de bancos de madera.

— Cójanse bien, porque las curvas son rápidas, observó el capataz.

Y en efecto. El tren culebreaba constantemente, subiendo por las laderas de los montes cubiertos de castaños sin hoja y rezumando humedad por todas partes. Cuando se metía por una cañada, la impresión de humedad hacíase tan viva, que Nieves se apretaba instintivamente contra su marido. Como marchaban por la vertiente Norte, el sol no daba allí. Parecían envueltos en un crepúsculo; pero al otro lado del valle, sobre las laderas de enfrente, la luz dorada era más alegre y más viva.

— ¿Hay mucha humedad ahí dentro?, preguntó Nieves.

— En el suelo sí, señora, y en las paredes; pero del techo apenas cae agua ninguna... De todos modos, añadió con alguna vacilación, creo que la señora lleva un traje demasiado bueno... Si la señora quisiera ponerse una blusa... de estas nuestras...

— No, no hace falta, interrumpió Nieves riéndose. Déjenme ustedes un momento sola en las oficinas, y ya verán ustedes cómo resuelvo todas las dificultades.

Se encerró en el despacho del capataz con la maleta; y á poco salió admirablemente vestida con un pantalón ancho de ciclista, las botas altas que le cubrían hasta el arranque del pantalón y el airoso busto envuelto en una blusa negra, ceñida al talle y abrochada casi hasta la barba. En la cabeza llevaba la boina. Guillermo no pudo contener una exclamación. Nunca había visto á su mujer tan elegante, tan graciosa, tan añiada como entonces.

— He aquí mi sorpresa, dijo Nieves. ¿Te parece bien? Así no hay miedo á que me manche la falda.

Y cogiendo una de las lámparas de seguridad que tenía preparadas el capataz, añadió:

— Andando. Entremos.

La galería era ancha, de bastante elevación, perfectamente estibada con grandes maderas que formaban á los lados una gran columnata, á trechos cubierta de hongos de extrañas formas. Por el suelo deslizábase el doble carril que servía para que las vagonetas, tiradas por un mulo, sacasen el carbón arrancado á la tierra; y las dos cintas de hierro, rojas por la humedad que empapaba la galería, hundíanse á veces en un charco de agua ó en un barro negrozco, muy blando, que chapoteado por los pies, sonaba como la pasta que los albañiles amasan en las grandes artesas de las construcciones.

De vez en cuando el capataz, que iba delante, advertía:

— A la derecha..., á la izquierda... Sigán los rieles.

Y las luces describían curvas, buscando el terreno firme ó menos encharcado, huyendo de las corrientes de agua que á menudo atravesaban la galería en riachuelos sucios, negros ó amarillos. Nieves y Guillermo procuraban seguir estas indicaciones, variando á cada momento de dirección; pero la falta de práctica les hacía fallar á veces, resbalando el pie, que iba á hundirse, con ruido agrandado por el silencio de la mina, en un hoyo lleno de agua ó de barro, y como las botas altas, de fuerte suela, hacían inofensivos estos baños, cada resbalón era motivo de risas, un pretexto para dar salida al buen humor de la juventud y del amor satisfecho.

Llevarían andados unos trescientos metros cuando Nieves, parándose de pronto, exclamó levantando su lámpara:

— ¿Qué es esto? ¿Una chimenea?

Entre el muro lateral y el techo, en plena masa de carbón, abríase un boquete no muy ancho, que parecía continuar en la sombra hacia arriba.

— Es un pozo, señora. Por aquí comunica al piso segundo, donde está la explotación nueva; y el carbón que arrancan allí los picadores, cae por esta abertura para ser recogido en las vagonetas.

Acercando las luces, contemplaron aquel boquete todo negro, apenas practicable para un hombre, y cuyas paredes de hulla se irisaban á trechos con extrañas coloraciones metálicas. Aplicando el oído, percibíanse los golpes oscuros, lejanos, de los picadores.

— ¿Y hay hombres ahí dentro?, preguntó Nieves.

— Sí, señora, dijo el capataz. Los hay arriba, al final del pozo. A veces ni de rodillas pueden estar, y han de acostarse de espaldas para ir abriendo camino con la piqueta en la masa del carbón.

Un estremecimiento de angustia sacudió á Nieves; y dando un paso atrás, retirando la lámpara, dijo con voz ahogada:



ALDEANA DE SCHAUMBURG, estudio de Hans Fechner

Cuando llegaron á lo alto, junto á la criba del carbón, paró la máquina. El suelo estaba negro, lleno de montones de hulla menuda y de pizarra y caliza lavadas, relucientes. Nieves saltó sin escrúpulo, como quien no teme mancharse. Llevaba una falda negra corta, una torera de paño azul, con faja de seda del mismo color, y una boina oscura, graciosamente inclinada á un lado.

— ¿Entraremos en la mina?, preguntó.

— Como la señora quiera, dijo el capataz. Pero habiendo de estar bastante tiempo dentro, quizá sería mejor que los señores almorzasen. Es más de la una.

— Opino por el almuerzo, observó Guillermo, á quien el airecillo de la mañana había abierto el apetito grandemente y que no gustaba de trastornar las horas de comida.

Almorzaron al aire libre, al pie de un castaño, en un espacio exento de carbón, bastante seco y calentado por un rayo de sol que allí caía; y cuando terminaron, el capataz se les acercó nuevamente.

— Cuando los señores quieran entraremos en la mina, dijo. Pero antes convendrá que se pongan unas botas altas que tengo preparadas.

— ¿Y hay hombres ahí dentro?, preguntó Nieves.

— Sí, señora, dijo el capataz. Los hay arriba, al final del pozo. A veces ni de rodillas pueden estar, y han de acostarse de espaldas para ir abriendo camino con la piqueta en la masa del carbón.

Un estremecimiento de angustia sacudió á Nieves; y dando un paso atrás, retirando la lámpara, dijo con voz ahogada:

— ¿Y hay hombres ahí dentro?, preguntó Nieves.

— Sí, señora, dijo el capataz. Los hay arriba, al final del pozo. A veces ni de rodillas pueden estar, y han de acostarse de espaldas para ir abriendo camino con la piqueta en la masa del carbón.

Un estremecimiento de angustia sacudió á Nieves; y dando un paso atrás, retirando la lámpara, dijo con voz ahogada:

- Sigamos adelante.

Pero no habían andado tres metros cuando sonó, en las profundidades de la galería, un ruido sordo y potente, como si arrastrasen por el suelo pesadas cajas de gran volumen.

- Es el tren, dijo el capataz. Arrímense á un lado.

Aprovechando un hueco entre dos poyos, pegáronse al muro, rezumante de humedad, y esperaron. Pronto brilló, al parecer muy lejos, una luz que avanzaba lentamente. El ruido se hizo más claro, más poderoso; y al fin apareció el tren de vagonetas, tirado por una mula que andaba perezosamente, vigilado por un minero que pasó sin apenas mirar á los visitantes.

Un poco más allá torcía la mina, en ángulo casi recto, á la izquierda.

- Lleven cuidado, dijo el capataz. El suelo tiene aquí gran pendiente, y baja mucha agua por los costados.

Pisando sobre los rieles y apoyándose á trechos en los poyos de ambos muros, avanzaron con lentitud; y de pronto se encontraron al fin de la galería, ante dos mineros que, piqueta en mano, atacaban la pared cortando la veta de carbón.

- Esto es lo que se llama una «guía,» dijo el capataz. En este sentido se atraviesa el ancho del yacimiento, que sigue hacia arriba en un espesor de tres metros.

- ¿A qué distancia estaremos de la entrada?, preguntó Guillermo.

- A cosa de un kilómetro. ¿Lo dice usted por el aire?.. Algo sofoca ya por aquí.

Pero Nieves, que se sentía muy bien y no quedaba satisfecha con el espectáculo de la «guía,» poco llamativo en verdad, protestó diciendo:

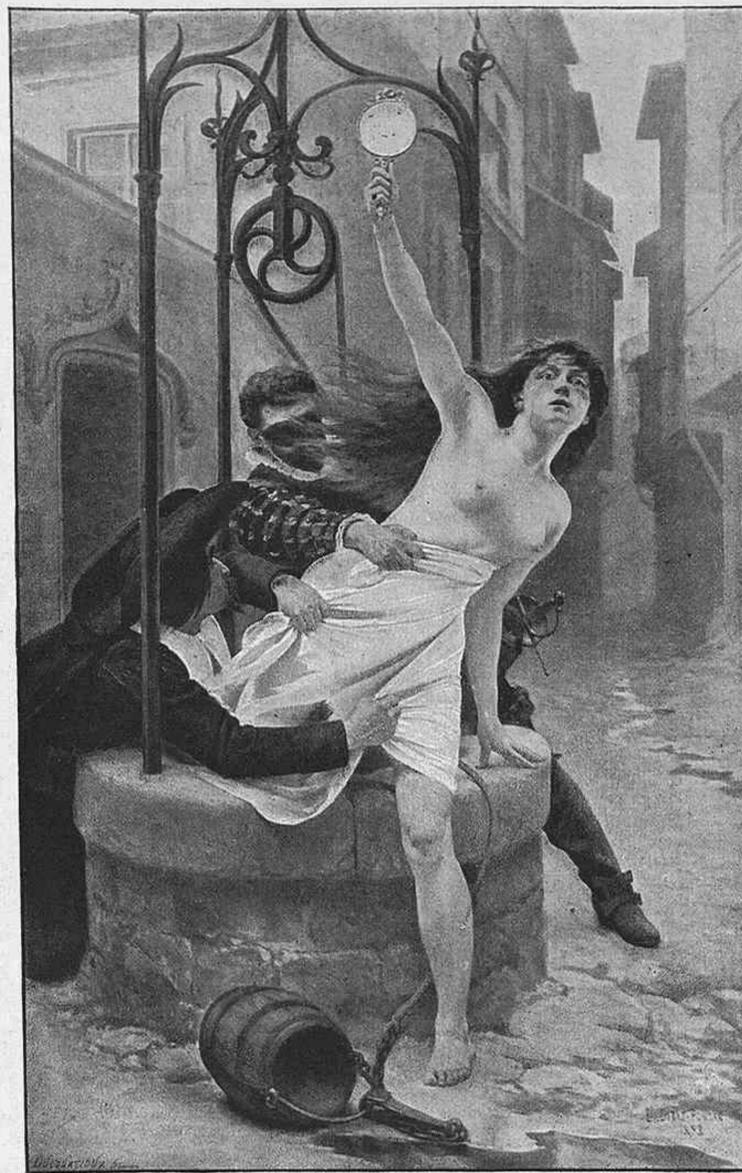
- Por mi parte, no encuentro que sofoca. ¿Habrá otras galerías que ver?

- Sí, señora, contestó el capataz. Iremos á una que es muy curiosa, porque tiene *grisú*.

- ¡Pero el *grisú* es peligroso!, dijo Guillermo.

- En grandes masas, sí, señor; pero aquí hay poco, y la galería se ventila con frecuencia. Lo verán ustedes arder.

Retrocedieron hasta llegar nuevamente al ángulo, y entonces tomaron un nuevo camino, á la derecha.



LA VERDAD, cuadro de E. B. Debat Ponsan (Salón de París de 1898)

De pronto, el capataz hizo alto y se inclinó hacia el suelo.

- Aquí, dijo. Vean ustedes cómo se escapa el *grisú*.

El suelo formaba, en su mayor parte, una laguna

de agua sucia, cuya superficie, por varios sitios, agitábase en lento burbujeo.

- Esas burbujas las hace el gas; adviertan cómo arde.

Acercó la lámpara, cuya llama se agrandó tomando tonos azulados que desaparecían rápidamente, y mientras repetía la operación en diversos sitios, Nieves y Guillermo, silenciosos, pensaban en la cruel contingencia de la vida, que en aquel momento dependía para ellos de lo imprevisto, de unas cuantas burbujas más de aquel fluido traidor, escondido en las entrañas de la hulla para sorprender al minero y quemarlo de pronto con sus fuegos devoradores. Rápidamente les ganó la zozobra, la inquietud del peligro. El grave silencio que reinaba en la galería, la obscuridad que les rodeaba fuera del estrecho círculo de luz de las lámparas, el calor que ya se notaba en aquellas profundidades, todo comenzó á pesar sobre ellos, ahogándolos y turbándoles la alegría de antes. Pero no se movían, temerosos de parecer cobardes, de ponerse en ridículo, esperando que el capataz diera fin á la escena. Al cabo Nieves habló:

- Basta, ya lo hemos visto. ¿Salimos?

Desanduvieron lo andado, lentamente, con las mismas precauciones de antes, pero no con menos resbalones y chapoteos en el agua. Cuando llegaron á la boca-mina y vieron otra vez el cielo azul y los reflejos del sol, próximo á ocultarse, Nieves lanzó un suspiro de satisfacción y se cogió del brazo de Guillermo. Luego, concretando en una pregunta todos sus pensamientos, dijo mirando al capataz:

- El carbón ¿es cosa que haga mucha, mucha falta?

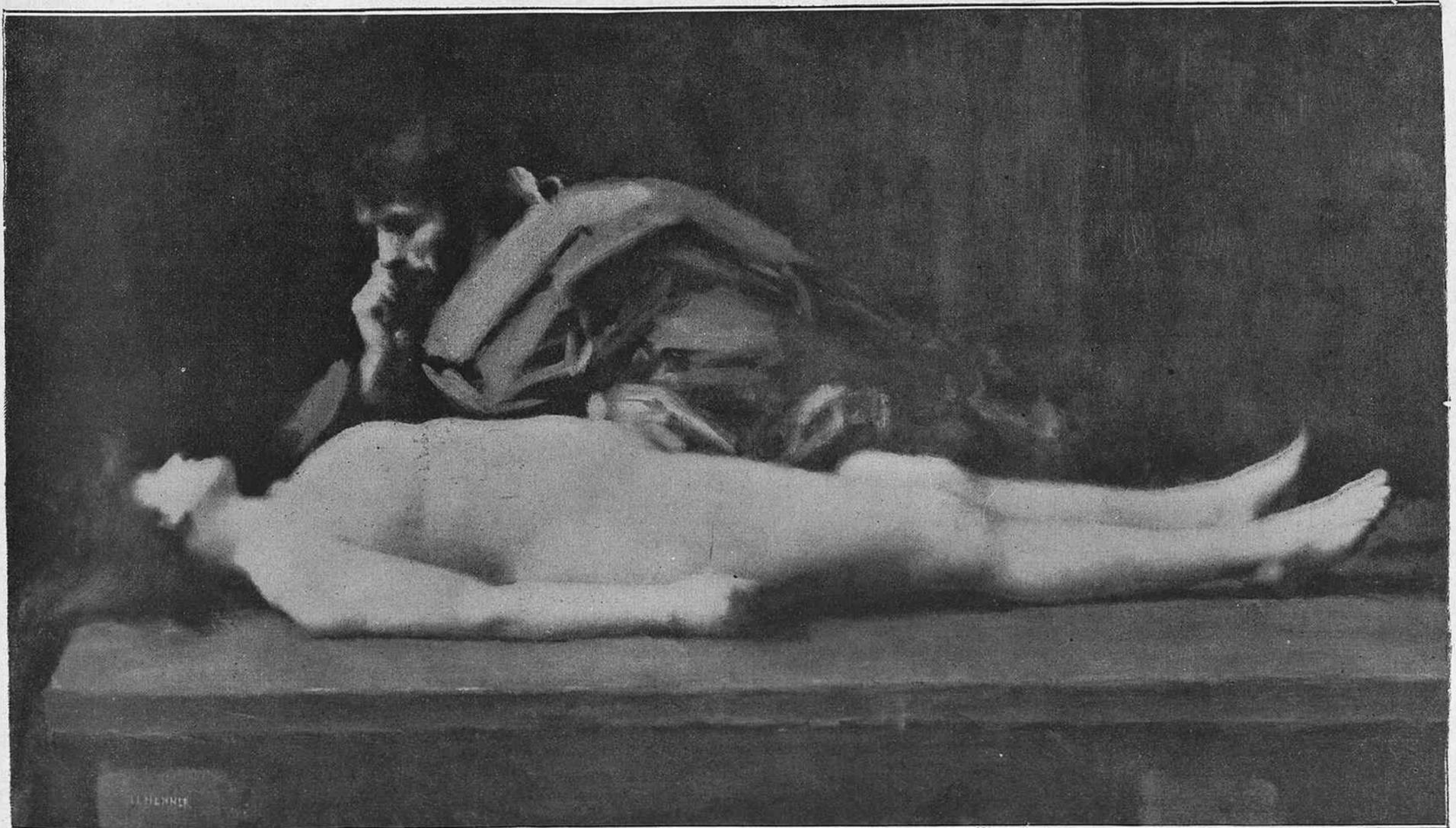
- ¡Ah, sí, señora!, contestó sorprendido el otro. Ya ve usted, los ferrocarriles, los barcos, las fábricas...

- Sí, sí, murmuró ella. ¡Pero esos hombres ahí dentro, con la muerte á cada paso!..

El capataz sonrió, encogiéndose ligeramente de hombros.

- Esta es la vida, señorita, dijo apagando su lámpara. Peligros hay aquí como en todas partes. ¿Qué más da si el pan no cae llovido del cielo?

RAFAEL ALTAMIRA



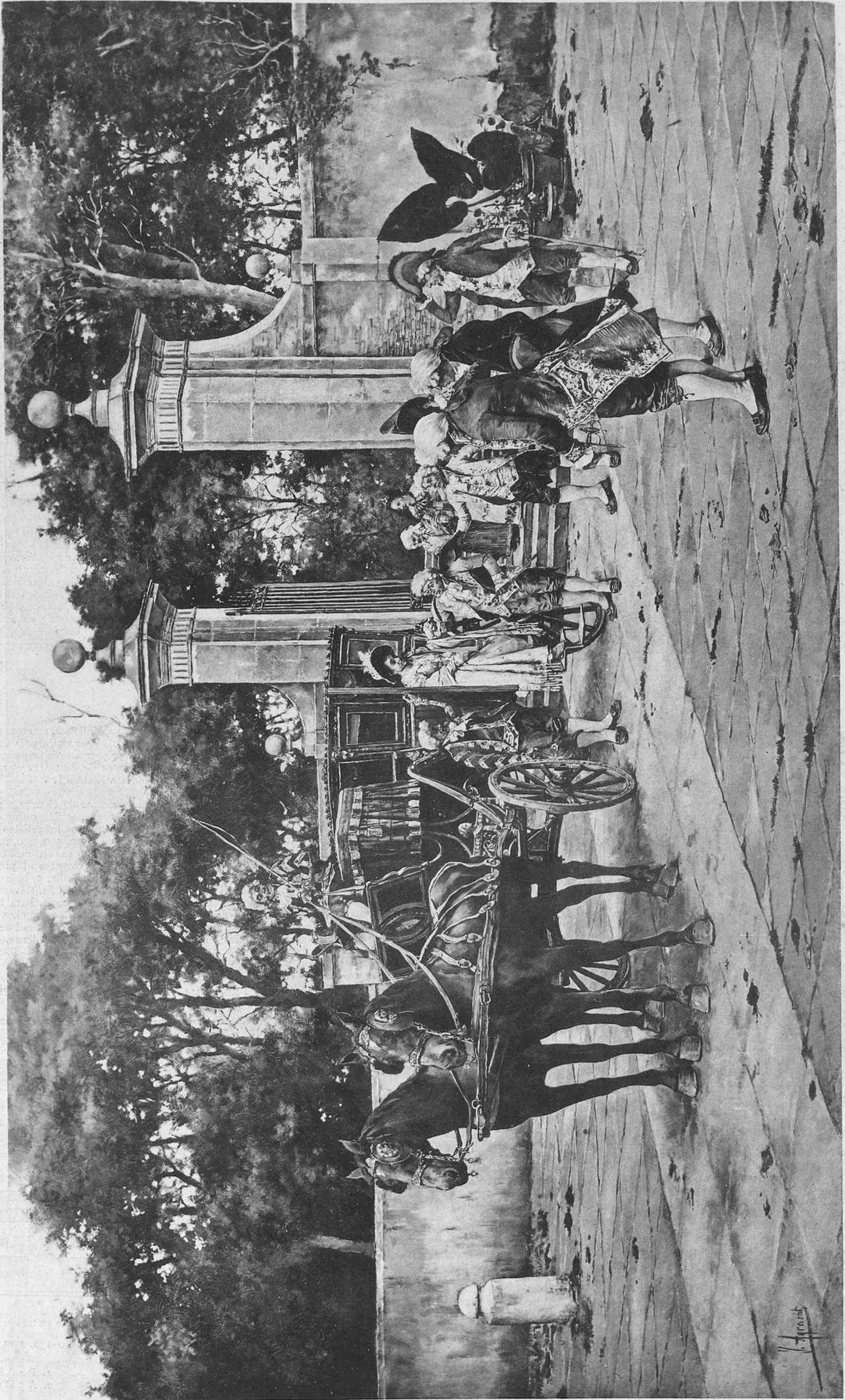
El levita de Ephraim ante el cadáver de su esposa, cuadro de J. J. Henner, premiado con la medalla de honor en el Salón de París de 1898



En el valle, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Salón Robira)



Beso maternal, escultura de Eusebio Arnau (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898)



LLEGADA Á LA QUINTA, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón París)

NUESTROS GRABADOS

Cante, cuadro de Luis Beut (Salón Parés). — Ha abandonado esta vez Luis Beut los temas escogidos para sus cuadros de costumbres valencianas, para representar asuntos de las provincias meridionales correspondientes al primer tercio del presente siglo, sin que por ello haya abdicado el artista de los cánones de la escuela en que milita, ni se hayan menguado sus méritos, puesto que en esta producción, como en las á que nos referimos, demuestra su valía y los progresos que realiza.

Discípulo de Joaquín Agrasot, sigue sus huellas, y creemos que lo porvenir le reserva la recompensa á que tiene derecho por su laboriosidad y merecimientos.

San Oswaldo, rey de los anglosajones, estatua de Reinitzer. — El autor de esta escultura ha sintetizado en la misma de una manera perfecta los rasgos característicos de la raza á que perteneció San Oswaldo, rey de Northumberland, la raza anglosajona, ramificación de aquella gran familia germánica que trajo nueva sivia y energías



SAN OSWALDO, rey de los anglosajones, estatua de A. Reinitzer (Salón de París de 1898)

nuevas á los pueblos debilitados bajo la influencia de los últimos tiempos del Imperio romano. La estatua de Reinitzer, vigorosamente modelada, resulta una obra digna de los elogios que le prodigó la crítica parisiense cuando fué expuesta en el último Salón.

El principe de Bismarck, estatua de Gustavo Eberlein. — Con razón está reputado Eberlein como uno de los mejores escultores de Alemania: sus obras, grandiosamente concebidas, revelan en su ejecución la vigorosa mano del maestro que sabe no sólo dar formas bellísimas al barro ó al mármol, sino que, además, logra infundir un alma en la materia en que labra sus esculturas. La estatua de Bismarck que reproducimos es buena prueba de nuestro aserto: si la examinamos desde el punto de vista técnico habremos de admirar forzosamente en ella la corrección y armonía de líneas, lo perfecto del modelado, la naturalidad de la actitud, dispuesta dentro de las exigencias del realismo con verdadero sentimiento artístico; pero todas estas excelencias, que nos hace ver en la estatua el modo de ser y de sentir de aquel ilustre hombre de Estado, que nos permite descubrir al través de aquellos ojos de enérgica y expresiva mirada y al través de aquella frente surcada de arrugas el mundo de ideas que sin cesar se agitaba en aquel cerebro privilegiado. Al contemplar á ese Bismarck vestido con su uniforme predilecto, al fijarse en ese rostro de adusto ceño, de expresión severa, no habrá quien no vea en ella la imagen fiel de aquel hombre á quien más que por su propio nombre se conocerá siempre por el de *canciller de hierro*.

Aldeana de Schaumburg, estudio de Hans Fechner. — La biografía de Hans Fechner puede sintetizarse diciendo que nació en Berlín en 1860, hizo sus primeros estudios artísticos en la Academia de Bellas Artes de aquella capital, estuvo después en el taller del ilustre Defreger en Munich y en 1886 regresó á su ciudad natal, en donde conquistó desde luego un puesto eminente entre los más notables jóvenes pintores berlineses. De lo que vale como dibujante puede juzgarse por el bonito estudio que publicamos en la página 574; como pintor, sus cuadros de género y sus retratos le han conquistado grande y merecido renombre. Su especialidad es la reproducción de tipos y costumbres populares de la alta Baviera, que sabe pintar con todos los encantos de la verdad, avvalorados por un alto sentimiento poético.

La Verdad, cuadro de E. B. Debat Ponsán. — La eterna Verdad sale del pozo sosteniendo en alto el espejo en el cual se reflejan los humanos errores: sus labios se entreabren; va á hablar, á clamar contra la mentira. Esos dos personajes que personifican la Falsía y el Convencionalismo tratan de detenerla, de impedir que difunda sobre la tierra la buena doctrina; pero es en vano: la Verdad triunfará; los esfuerzos de aquéllos sólo conseguirán desgarrar más y más los velos que todavía la cubren, haciéndola aparecer más bella en su completa desnudez, y al fin el mundo entero podrá contemplarla en toda su belleza y reconocer, colmándola de bendiciones, su imperio. Tal es el pensamiento en que se ha inspirado el autor del cuadro que nos ocupa, y conocida la idea que en el lienzo preside, huelga todo elogio acerca de la interpretación de la misma, porque difícilmente puede conseguirse expresar un concepto tan profundo de un modo tan acabado como ha logrado hacerlo el ilustre pintor francés Debat Ponsán.

El levita de Ephraim ante el cadáver de su esposa, cuadro de J. J. Henner. — Un notable crítico artístico francés ha escrito lo siguiente acerca de este cuadro: «¡La medalla de honor del Salón, la obra maestra y quizás también la mejor de cuantas ha pintado Henner! Y no porque ese «buscador de formas inmortales, ese autor de síntesis sublimes,» como ha dicho el poeta Armand Silvestre, haya llevado en este cuadro más lejos que en otro la extraordinaria virtuosidad de su pincel y hecho cantar más sonoramente los blancos y los negros, sino porque en este sencillo pedazo de lienzo, sobre ese cadáver de mujer, tendido, con los cabellos sueltos, sobre esa nieve odiosamente profanada, sobre esa carne herida, sobre ese rostro angustiado de un hombre que medita y llora, al través de esas sombras que se mueven, sobre esas formas, sobre esa blancura exangüe pasa un verdadero y sublime estremecimiento de dolor.»

En el valle, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. — Ha ya tiempo que el nombre de Arcadio Mas y Fontdevila figura entre los de los artistas que más honran por medio de sus obras el arte de nuestro país. Señaladísimo son los triunfos por él alcanzados, corriendo pareja su inteligencia y laboriosidad. Diversos son los géneros de pintura que ha cultivado, distinguiéndose en todos ellos.

El lienzo que reproducimos corresponde á su última y reciente fase artística. Es un bellísimo paisaje de la región catalana, casi un cuadro de género moralista, en el que el pintor ha impreso también el sello de su personalidad.

Beso maternal, escultura de Eusebio Arnau (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898). — Conocíamos cuanto se podía esperar de la habilidad de Eusebio Arnau, su especialísima manera de manejar los palillos, con los que modela con tanta delicadeza y buen gusto, que logra hacer olvidar el concepto de la materia con que están ejecutadas las obras que produce; mas confesamos sin distinguos ni rebozos que fué para nosotros causa de sorpresa y admiración el precioso y sentido grupo en que el artista trató de simbolizar la expresión del más puro y más grande de todos los afectos. Muy discutida ha sido la última producción de Arnau; pero nosotros, haciendo caso omiso de prejuicios, aplaudimos al escultor y admiramos la obra por la elevación del concepto que entraña y la manera de representarlo.

Llegada á la quinta, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Parés). — Demostrada tiene Joaquín Agrasot su maestría y la facilidad con que cultiva diversos géneros. En estas páginas han podido examinar nuestros lectores numerosas reproducciones de bellos cuadros de costumbres que ha producido el distinguido pintor valenciano, cuyo nombre lleva consigo un elevado concepto, y las de otros lienzos representando tipos que evocan el recuerdo de épocas que pasaron. En todos revélanse las excepcionales aptitudes del maestro y decano de los pintores de la ciudad del Turia, y en todos se evidencia la riqueza de su brillante paleta, la inteligencia y el buen gusto del artista. Una nueva prueba aporta el precioso cuadro cuya copia figura en este número, que causa el efecto del natural, tal es la belleza del conjunto, la armónica disposición de los tonos, la corrección del dibujo y el estudio de todos y cada uno de sus pormenores.

Safo, alto relieve en mármol de Luigi de Luca (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898). — Innumerables son las representaciones que se conocen de la célebre poetisa griega. El arte ha rendido á Safo sus bellísimos tributos, y los pintores y escultores de todas las épocas y de todos los países han procurado glorificar su memoria. El hermoso alto relieve de Luigi de Luca es un nuevo florón que el arte aporta á su corona, puesto que el distinguido escultor napolitano ha logrado producir una obra impregnada de sentimiento, que se ajusta al recuerdo que de la poetisa se conserva. Un aplauso merece el Sr. Luca, que unimos al que ya le dedicaron los visitantes de la Exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en Barcelona, en cuya sección de escultura figuró como una de las obras más notables.

Jorge Ebers. — El eminente egiptólogo y novelista alemán que falleció el día 7 de agosto en su posesión de Tutzing (Baviera) nació en Berlín en 1.º de marzo de 1837, estudió Derecho en Gotinga y luego en Berlín Arqueología egipcia bajo la dirección de Brugsch, Lepsius y Bockh. En 1869 y 1872 emprendió largos viajes á Egipto y Nubia, habiendo encon-



El ilustre egiptólogo y novelista alemán JORGE EBERS, recientemente fallecido

trado en Thebas, entre otras cosas importantes, el famoso papiro que lleva su nombre. Dióse á conocer como novelista en 1864 publicando *La hija del rey egipcio*, novela histórica llena de erudición, en la que describe de una manera tan instructiva como pintoresca la vida del pueblo egipcio en la época de la guerra de conquista persa. Sus obras *Disquisiciones de dynastia vicesima sexta regum aegiptiorum* y *Egipto y los libros de Moisés*, publicadas respectivamente en 1865 y 1868, son más científicas. Entre sus últimas producciones merecen citarse las novelas sobre asuntos egipcios tituladas *Uarda*, *Homo sum*, *Las hermanas*, *El emperador* y *Serapis*. Pero su obra monumental es *Egipto en texto y en imágenes*, que ha sido traducida á casi todos los idiomas.

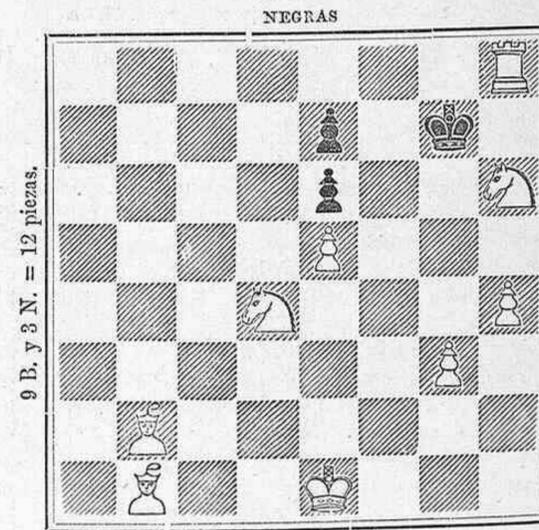
MISCELÁNEA

Bellas Artes. — En el Kremlin de Moscou se ha inaugurado recientemente el magnífico monumento erigido á la memoria de Alejandro II. La estatua del tsar, de cinco metros de alto, está colocada debajo de un baldaquino de 35 metros de altura de granito rosa de Finlandia, sostenido por columnas de bronce oxidado y coronado por una cúpula dorada. La parte interior de esta cúpula se compone de un mosaico veneciano, en el cual se ven los retratos de los tsares y grandes duques, desde San Wladimiro hasta Nicolás I.

MADRID. — La casa fabricante de champagne Codorniu ha abierto un concurso para la composición de un cartel-anuncio en el que podrán tomar parte todos los artistas españoles. Se concederán cinco premios de 1.500, 500, 250, 200 y 100 pesetas respectivamente. El concurso se celebrará en Madrid, debiendo los artistas enviar sus proyectos al propietario de la casa D. Manuel Raventós (Chinchilla, 5, bajos, Madrid) por todo el día 31 de octubre próximo. El Sr. Raventós, asesorado por personas de reconocida competencia, hará la designación de los premiados y adquirirá todos los derechos de propiedad de ellos y de los que compre, con la facultad de poderlos modificar ó reducir como estime más conveniente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 131, POR VALENTÍN MARÍN

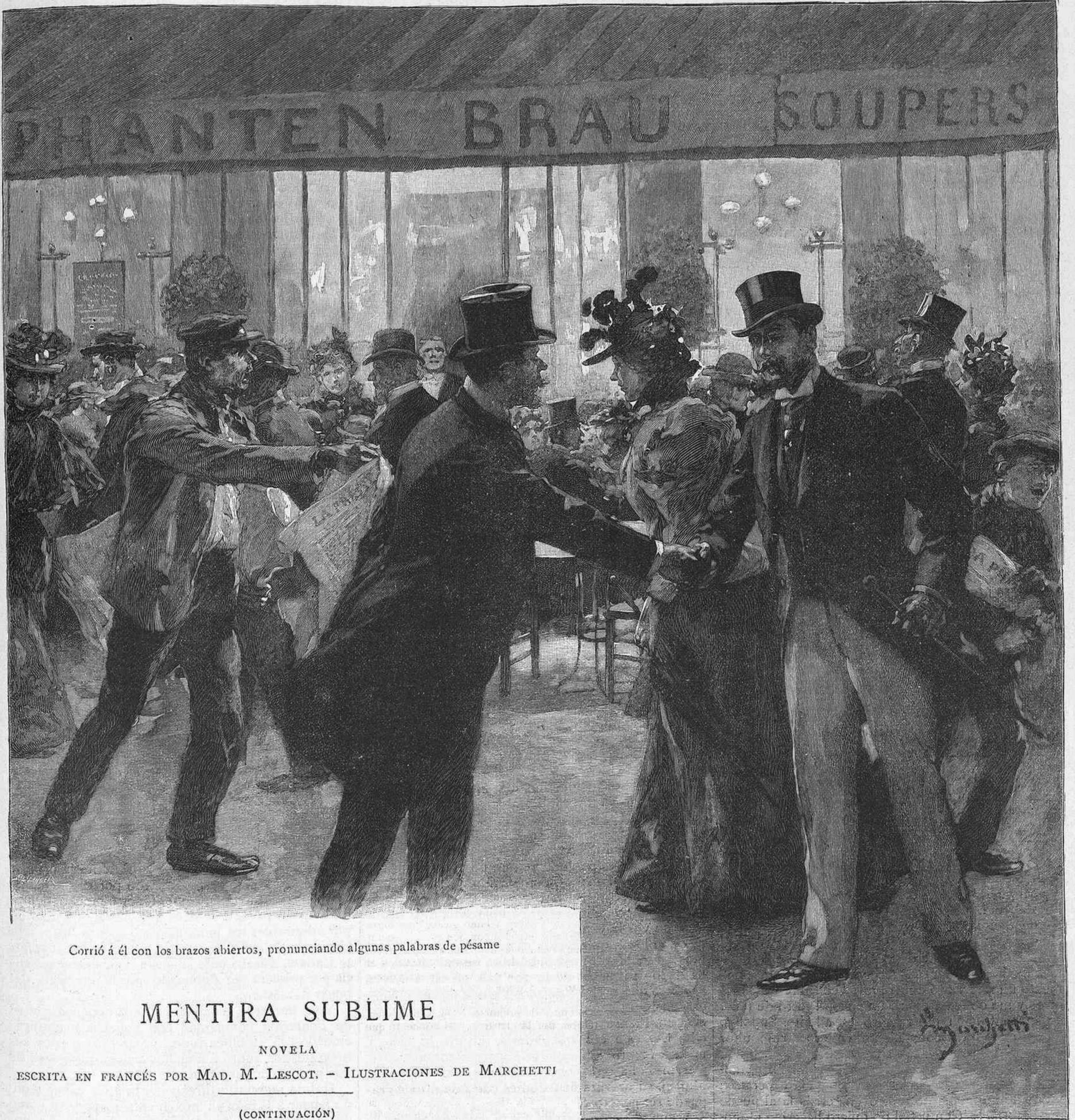


Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 130, POR J. TOLOSA

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T3CR | 1. P4AR (*) |
| 2. C6CR | 2. A5D ú otra. |
| 3. D mate. | |

(*) Si 1. P toma C; 2. D3D jaque, R5A; 3. D3AR mate; — 1. R4A; 2. C6C, y 3. D mate. La amenaza es igual á esta última variante.



Corrió á él con los brazos abiertos, pronunciando algunas palabras de pésame

MENTIRA SUBLIME

NOVELA

ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Sí, contestó Felipe, que no pudiendo ya contenerse descargó un puñetazo en la mesa; sí, he jurado en falso por no deshonrar á una mujer, y como me he visto obligado á ello por un miserable como usted, por esto vengo á pedirle decididamente una satisfacción.

Entonces Leodiceo se levantó.

- Paréceme, señor mío, que se permite usted venir á insultarme en mi casa. Salga usted, ó hago que mis criados le echen de aquí. Por lo que hace á darle una satisfacción, le contestaré que no me bato con un hombre que, según propia confesión que acaba usted de hacer, se ha deshonrado con un espionaje y con un perjurio.

- Pues bien, contestó Felipe, yo sabré obligarle á usted á batirse. Le insultaré en público como le insulto aquí.

Y le arrojó su guante á la cara. (Véase el grabado de la pág. 565.)

Leodiceo se puso pálido.

- En efecto, dijo; me obliga usted á batirme: déme usted su dirección y mañana le enviaré mis padrinos.

XIX

Una hora después, Felipe llamaba á la puerta de Santiago, el cual le recibió con su alegre cordialidad.

- ¡Hola! ¿Ya estás de vuelta? Veo que tienes palabra... ¿Vienes á contarme tu aventura? Soy todo oídos.

- La aventura no es la que supones. Acabo de insultar á Leodiceo Martín y vengo á rogarte que seas mi padrino.

- ¡Que has insultado á Leodiceo Martín! ¿Estás loco, pobre Felipe? Pero ¿por qué? ¿Con qué motivo? Si ese hombre no te ha hecho nada... Te convidaba á su boda, y tú tuviste por conveniente echar á correr; la falta ha sido tuya, ya te lo dije; pero en fin, eso ya es cuento viejo y no hay por qué ocuparse de ello. ¡Y me dices que has ido á insultarle! Mereces que te encierren en un manicomio.

- Es que tengo motivo para hacerlo, contestó Felipe gravemente; un motivo que no es mi huida de la quinta Martín, aun cuando de ella dimana. Oyéme y lo sabrás todo.

Y en seguida le habló de la visita de Martín de

Brest, del anónimo y del juramento que se le había exigido.

Santiago de Someres se paseaba por su gabinete, visiblemente agitado y girando sobre sus talones como una fiera.

- ¡Diantre! ¡Jurar una cosa que se sabe que es falsa!... ¡y por otro lado deshonrar á una mujer cuyo secreto se ha sorprendido! ¡Ah, pobre Felipe! ¿Y estás bien seguro de que es Leodiceo el que ha escrito el anónimo?

- Sí, como no hayáis sido tú ó Fernando, puesto que nadie más tenía noticia del lance.

- ¡Fernando! ¡Qué tontería! ¿Acaso conocía al señor Martín? Además, ¿qué podía importarle que se casara ó no con esa condenada mujer? Pues ¿y yo?.. Además, tanto él como yo te queremos demasiado para ponerte en semejantes apuros. Aparte de esto, Elena nos había hecho jurar que guardaríamos el secreto y si he violado mi promesa hablando del asunto á Leodiceo ha sido por tu propio bien.

Y bajando la voz, añadió con el tono humilde de una confesión:

- Prefiero decírtelo todo; no tenía la cabeza muy

firme; me había achispado. ¡Ah! Ahora comprendo su insistencia y sus preguntas.

— ¿Entonces tampoco dudarás que él sea el autor del anónimo?

— ¡Ay no, no lo dudo! Lo ha escrito ó lo ha mandado escribir. Tenía demasiado interés en impedir ese casamiento, y no es hombre á quien detenga ningún escrúpulo. ¡Ah hijo mío, hijo mío! Yô tengo la culpa de lo que sucede. ¡Cuánto debe uno desconfiar hasta de las acciones más insignificantes! Se enreda uno en una intriga menguada que no se quiere abandonar y escribe á su primo: «Hazme el favor de sustituirme y de asistir á esa boda,» y adonde lo envía es á la muerte. ¡Un duelo! ¡Y qué duelo! ¡Con qué adversario! ¡Si al menos fueras un buen tirador! ¿Qué arma escogerá?.. ¡Dios mío, Dios mío! Es uno de los mejores tiradores de París.

De pronto, cambiando bruscamente de tono, añadió:

— Oye, Felipe. Es preciso que tengas ciega confianza en mí y me dejes arreglar este asunto. Voy á ver á Martín. ¡Qué diablo! También tiene que arrepentirse de algunas culpas para conmigo. Le diré que en consideración á nuestra antigua amistad es preciso que olvide una frase un poco viva. Le explicaré que no podías estar satisfecho de haberte visto obligado á comprometer tu honor, que debe comprenderlo así y dar á cada uno lo que es suyo. En fin, si en último resultado es preciso que haya un duelo, que sea lo menos peligroso posible, á primera sangre. Deja que vaya á hablarle antes que te envíe sus padrinos. Bien mirado, entre vosotros no han mediado más que unas cuantas palabras fuertes.

— Algo más, porque le he abofeteado con mi guante, dijo Felipe.

— ¡Abofeteado! Entonces no puede hacerse nada. ¡Ah, querido primo! Y todo porque un majadero como yo quiso divertirse en una intriga amorosa. ¡Llévense los demonios todos los trapicheos pasados, presentes y futuros!

Y al decir esto, el «majadero» de Santiago se echó á llorar por efecto del remordimiento que le oprimía el corazón y por el temeroso recelo que le causaba el duelo que juzgaba inevitable.

Felipe aguardó á los padrinos de Leodiceo, pero transcurrió el día sin que se presentaran. Extrañábase algo, y al hacerse de noche iba á salir para ir á casa de Santiago, cuando éste entró en la suya. En sus ojos brillaba la más viva alegría que no trataba de disimular.

— ¡Ah Felipito, hijo mío! ¡Qué coincidencia! ¿No han venido, verdad? Pues ya no vendrán..., por ahora al menos... y tal vez nunca, porque de aquí á entonces, Valeria Martín está muriéndose y... Toma, lee la carta que acabo de recibir de Martín.

Felipe leyó lo siguiente:

«Mi querido Sommeres: Sin duda sabrá usted que hoy debía enviar dos amigos á su primo para arreglar las condiciones de la leccioncita que de mí ha solicitado.

«Me conoce usted demasiado para saber que jamás me niego á dar esas lecciones; pero en este momento un imperioso deber prevalece sobre todos los otros y me obliga á diferir un poco el gusto de tener un encuentro con ese rabioso caballero. Supongo que no tendrá inconveniente en esperarme unos cuantos días por la razón siguiente:

«Mi pobre mujer está muy enferma en Niza, tanto, que los médicos no me dan ninguna esperanza; y que de un momento á otro una crisis fatal puede arrebatármela. Con usted no quiero hacerme el mojado en punto á fidelidad conyugal, pues tiene usted noticia de muchas de mis correrías; pero es usted hombre y sabe demasiado que estas cosas no tienen consecuencias. Valeria no tan sólo es mi esposa, sino también mi prima, la amiga de mi infancia, la mujer que me ha amado siempre. En el momento de perderla, conozco cuánta es la fuerza de los vínculos que unen nuestros corazones.

«Una emoción cualquiera puede producir la crisis que tanto temen los médicos. Valeria me aguarda, porque yo estaba á punto de volver á su lado; me llama, desea verme con impaciencia febril; puede usted convencerse de ello leyendo la aflictiva carta que he recibido de ella esta mañana y que le remito adjunta. Me amenaza con salir de Niza y regresar á París por poco que aquí me detenga. Volver á París en esta época del año sería un peligro de muerte para ella, y esa pobre mujer es capaz de todas las locuras.

«Paso por que me maten, pero no quiero matar á esa pobre moribunda. Por esto voy ante todo á reunirme con ella; adormeceré sus desconfianzas, calmaré su inquietud, pretextaré un viaje de negocios, y así, habiéndolo arreglado todo, volveré con el ánimo

tranquilo y la mano firme á ponerme á disposición de ese joven tigre sediento de mi sangre. Cinco ó seis días me bastarán; lo diferido no está perdido.

»De usted afmo. amigo

»LEODICEO MARTÍN.»

Cuando Felipe hubo leído esta carta, rechazó con un ademán la procedente de Niza que Santiago le presentaba.

— No, es inútil; aún me quedan diez días de licencia, y son bastantes; esperaré.

Pero como transcurrió el sexto día sin noticia alguna, rogó á Santiago que volviese á casa de Martín; pasaba el tiempo y de allí á cuatro días tenía que estar en su puesto. Como el portero dijese que Leodiceo aún no había regresado, Felipe rogó á Santiago que telegrafiasse. No se hizo esperar la respuesta.

«Moribunda; crisis terrible, imposible partir.»

— Quizás podré conseguir algunos días de prórroga é ir á Niza, dijo Felipe.

Pero Santiago protestó.

— ¿En qué estás pensando? ¿Acaso eres un tigre sediento de sangre, como dice Leodiceo? ¿Con qué derecho irás á turbar el legítimo dolor de ese muchacho? Tiene corazón; ama á su mujer, á la amiga de su infancia; yo mismo me he enternecido al leer su carta, á pesar de lo insubstancial que soy, y tú, un mozo joven, ¿te mostrarías feroz? No, no irás á Niza ni pedirás prórroga; me opongo á ello. Te irás tranquila y cuerdamente á ocupar tu puesto, y á tu vuelta se arreglará ese asunto.

— La verdad es, dijo Felipe encogiéndose de hombros, que si le conviene al Sr. Martín conservar por espacio de dos años la huella de mi guante, no me asiste el derecho de oponerme á ello.

XX

Felipe había vuelto ya á su barco, cuando Santiago vio cierto día pasar por el bulevar á Martín. Corrió á él con los brazos abiertos, pronunciando algunas palabras de pésame.

— ¡Pobre amigo mío! ¡Qué pérdida tan dolorosa! Pero en fin, todos somos mortales...

Leodiceo le hizo callar con un ademán, y luego un tanto embarazado le dijo:

— No, aún no ha concluído todo; la crisis ha sido larga, pero mi presencia la ha salvado. Así lo ha dicho el médico. Gracias á nuestros cuidados, hay en este momento alguna mejoría, una tregua. La he aprovechado para venir aquí y arreglar el lance que sabe usted. Iba á su casa, y despacharemos cuanto antes porque he prometido estar de vuelta dentro de tres días. ¿Está todavía en París ese furioso?

— No, contestó Santiago, que no pudo menos de restregarse las manos, ha partido y está ya muy lejos.

— Supongo que no estará embarcado, dijo Leodiceo con voz iracunda.

— No lo sé, quizás sí..., sí, seguramente. Pero vamos á ver, Martín: usted, hombre formal; usted, que ha dado ya pruebas de lo que vale en estos lances, supongo que no irá á correr en busca de ese muchacho cuando tiene otras cosas más graves que le ocupen. Piense usted en su mujer y solamente en ella; hay que cuidarla, curarla, salvarle la vida. Y mientras tanto, ese mozalbete volverá; entonces arreglaremos el asunto con condiciones razonables. ¡Ea, Martín, su bravura de usted es bastante conocida y puede ser generoso!

Y con voz entrecortada por la emoción añadió:

— Hágalo usted por mí, se lo ruego, porque yo he tenido la culpa de todo.

— Pues bien, sea, respondió Leodiceo con magnanimidad, consiento en aguardar por usted y por la pobre moribunda; pero con la condición de que me avisará usted en el momento en que su primo desembarque en Francia.

— Se lo prometo á usted, se lo juro, querido Martín.

En el momento de embarcarse, Felipe recibió una carta de Santiago de Sommeres diciéndole que Martín, después de separarse de su mujer moribunda para ir á terminar su querrela, contrariado por no encontrar á su adversario en París, había manifestado la intención de perseguirle por tierra y por mar, y que, á pesar de todo, había cedido á los cuerdos consejos de Santiago con la condición formal de que se le avisara el regreso del marino á Francia.

«Querido primito, añadía Santiago, no te ocultó que le he encontrado muy enojado contigo; si el duelo se hubiese verificado en seguida, estoy seguro de que habría sido un duelo á muerte; pero se calmará y te recomiendo que por tu parte te muestres lleno de moderación. ¡Qué diantre! Sería una cosa

muy tonta eso de recibir en el pecho una estocada ó un pistoletazo porque á una mujerzuela se le ha antojado representar en la playa una escena trágica de la que involuntariamente has sido testigo.»

Felipe sonrió al leer esta carta; y se permitió dudar del cariño conyugal del Sr. Martín y aun pensar si el mejor tirador de París sería también el más prudente.

Contestó lo siguiente:

«Querido primo: Te doy las gracias por tu desinteresada mediación en el asunto. Siento mucho que las exigencias de mi servicio me hayan impedido permanecer más tiempo á disposición del Sr. Martín, pero esta vez mi ausencia no será larga; quince meses á lo sumo.

»Asegura á tu amigo que me apresuraré á avisarle mi llegada.

»Sabes que te quiero y que te estoy muy agradecido por las molestias que te causo.»

Luego partió más satisfecho, casi contento; iba otra vez á afrontar peligros reales, tempestades, pero no dejaba tras sí ninguna preocupación. Que Leodiceo se batiera ó no, era cuenta suya; había habido una explicación, seguida de una ruda lección, y en último caso, él se había portado como un hombre y no como un niño.

También se marchaba satisfecho por lo que hacía al cariño; puesto que dejaba á Lila contenta, querida, mimada, demasiado quizás, y tanto que había sido preciso que él se constituyera en censor. Pero ¿podía acriminar al padre y al aya porque quisieran mucho á la niña?

En el curso de su viaje recibía noticias suyas, y aun ella misma le escribía ya. Cierta que sus cartas no eran un modelo de caligrafía, y el estilo y sobre todo la ortografía dejaban mucho que desear, pero tales cuales eran aquellas cartas, las leía con placer. Había en ellas especialmente una frase intercalada á cada paso y repetida sin cesar:

«Padrino, ¿mamá Elena escribía mejor que yo á mi edad? ¿No cometía faltas cuando la dictaban? ¿No se enfadaba nunca? ¿No rompía sus muñecas?»

Un día escribió:

«Estoy muy contenta, padrino, porque papá ha dicho que tengo los ojos, los mismos ojos de mamá.»

Evidentemente, la madre era para la niña un ideal al cual procuraba parecerse.

Leía y releía con gusto aquellas líneas tan mal escritas, tan llenas de faltas; y luego las besaba y las guardaba en el cofrecillo donde tenía las cartas de la difunta.

XXI

Duvernoy realizaba punto por punto la primera parte de su programa recorriendo por cortas etapas esa maravillosa Italia, sin detenerse mucho tiempo en ninguna parte. Por ricos que fuesen los museos, por admirables los monumentos, apenas los miraba el pintor, dejando los entusiasmos para la exuberante Carlota. Pasaba ante ellos sin detenerse y se sentía por primera vez dominado por la nostalgia del hogar doméstico.

Y sin embargo, ¡cuán triste era la pequeña ciudad de Pontarlier comparada con aquellas magníficas ciudades! ¿Y su clima rudo, sus largos inviernos, sus breves estíos, junto á aquellos países que gozan de una primavera perpetua?

Habría regresado directamente á no haber temido fatigar á la niña y también volver á padecer como antes, sentir que despertaba vivaz y cruel el dolor adormecido.

Apenas hubo traspuesto el San Gotardo y puesto el pie en el suelo de Suiza, no bien se sintió cerca de Francia, aquella impresión se hizo preponderante y moderó tanto su marcha, que se detuvo en Lausana.

Agradóle una linda casa cerca de Ouchy, á orillas del lago, la alquiló y se instaló en ella.

— Aguardaremos aquí la llegada de Felipe, dijo: es un retraso de un mes á lo sumo.

Había contado sin la fatalidad.

A los quince días de su instalación, al despertarse Lila de noche lanzó un grito de dolor; parecía que una mano de hierro le estrujaba la garganta, impidiéndole respirar, ahogándola.

El aya se levantó al momento y corrió á avisar á Duvernoy, el cual fué inmediatamente en busca de un médico: la palabra terrible de difteria le martillaba el cerebro. ¿Iba á perder su último tesoro? El diagnóstico fué menos terrible de lo que suponía.

— No, dijo el doctor; no es la difteria, quizá más bien una fiebre eruptiva.

Extendió una receta y recomendó el mayor cuidado y las más exquisitas precauciones.

Por espacio de tres días y tres noches el padre y el aya, casi sin dormir ni apenas comer, permanecieron ansiosos junto al lecho en que la criatura se quejaba, llamando en el delirio de la fiebre á su padre y también á su madre.

— ¡Ah!, decía el desdichado retorciéndose las manos; Elena viene á arrebatármela.

Al tercer día se declaró la escarlatina. El médico al ver las manchas encarnadas que aparecían en el cuerpo de la niña, se sonrió por primera vez de un modo tranquilizador.

— Esto va bien, muy bien, dijo; una erupción soberbia.

Y volviéndose á Carlota añadió:

— Pero hay que tener mucho cuidado con un enfriamiento, con cualquier imprudencia; hay que tomar grandes precauciones y no permitirle salir en unas seis semanas. Mi cometido está casi terminado; el de la enfermera debe continuar, quizás más cuidadoso que antes.

Cuando se marchó, Carlota lloró de alegría. Duvernoy, profundamente conmovido, se acercó á la institutriz y le tomó ambas manos.

— Sustituye usted para con mi pobre hija á la madre que ha perdido, le dijo. No habría podido mostrarse más solícita con ella. ¿Qué puedo hacer para expresarle á usted toda la extensión de mi agradecimiento?

Carlota bajó los ojos con púdico embarazo y no atreviéndose á decirle: «Ameme usted como yo le amo,» contestó ruborizándose:

— La humilde aya no ha hecho más que cumplir con su más estricto deber; pero si usted tiene la bondad de depararme una dicha incomparable, en adelante llámeme Lolota.

— Lolota, repitió Duvernoy sonriendo, querida Lolota, el ángel custodio de mi pobre hija.

Ocho días después Lila entró en franca convalecencia. Lolota, encerrada en la habitación de la enfermita, comía y dormía á su lado, se ingeniaba en entretenerla, en distraerla, le contaba cuentos, inventaba juegos, y al mismo tiempo insistía en que el pintor diera algunos paseos y saliera á tomar el aire.

Él obedecía dócilmente, y en la alegría que le causaba el peligro conjurado, sentía su corazón más aliviado y estaba loco de contento.

¡Salvada, estaba salvada!

El nombre de «Lolota» reclamado por el aya y que seguía dándole, no le bastaba para manifestarle todo su agradecimiento.

Pasaba por una calle de Lausana, cuando vió en el escaparate de una joyería un magnífico corazón de oro, enriquecido con turquesas y diamantes; y ostentado en un estuche de terciopelo azul bajo un ancho aro que formaba brazaletes. Duvernoy compró la alhaja y se la ofreció lleno de satisfacción al aya.

— Es el emblema de usted, querida Lolota, le dijo, porque usted es un corazón de oro.

Quiso poner por sí mismo el brazaletes en la gruesa muñeca de Carlota, y en seguida besó la carnosa mano que había cogido en la suya.

— Un corazón de oro y nuestro ángel bueno, eso es usted.

Estaba demasiado contento para medir las expresiones de gratitud, y tanto que en aquel momento una mujer hábil y astuta habría conseguido de él cuanto hubiese querido.

Por la noche, cuando la niña se durmió, Carlota, al quedarse sola, llenó de besos la joya.

— Un corazón, decía, un emblema; ¡jamás me habría atrevido á esperar semejante cosa! Me ha querido hacer de un modo tan delicado la confesión discreta de su amor.

Dícese que los incendios continúan largos años bajo las cenizas y que el menor soplo de viento los desencadena con temible violencia; tal vez el amor de Carlota hubiera vivido siempre oculto, casi ignorado de ella misma, á no ser por el soplo de esperanza que las imprudentes palabras del artista hicieron surgir de pronto. Ella le había adorado por su dolor, por su tristeza inconsolable; adorado con admiración por estar convencida de que jamás olvidaría á aquella Elena tan amada, persuadida candorosamente de que ninguna mujer borraría su indeleble

recuerdo. Había pensado que sería sumamente feliz muriendo por él. Morir por él... Los ambiciosos ensueños de Carlota jamás habían traspasado este límite hasta aquel día, y aun para llegar á este resultado, necesitaba recurrir á todos los arbitrios de su fértil imaginación de joven romántica.

Un paseo por mar, dado bajo un cielo sin nubes, le sugería la idea de una tempestad con la barca legendaria demasiado cargada y el sacrificio obligatorio de uno de los pasajeros por la salvación de todos. Entonces Lolota, grande y sublime, se arrojaba voluntariamente á las olas, y él comprendía perfectamente que moría por salvar su vida. Mas ¡ay! el paseo terminaba sin tempestad, sin barca demasiado cargada, sin incidente dramático, y Carlota, al volver al puerto, reconocía con melancolía que en la marcha ordinaria de las cosas, no es tan fácil morir por el que se ama.

Algo después, la travesía de los Apeninos le daba la esperanza de que una cuadrilla de bandidos los atacasen. Ya los veía feroces, armados hasta los

tristes días pasados á la cabecera de una niña enferma, tan dichosa que á veces dudaba si podía ser mayor la ventura que espera á los justos en el cielo.

XXII

Felipe de Aubián á Leodiceo Martín

Rochefort, 24 de mayo.

«Acabo de desembarcar en Francia, y tengo el honor de noticiárselo á usted.

»FELIPE DE AUBIÁN,

»Alférez de navío.

»En la rada de Rochefort. — A bordo del *Neptuno*.»

Felipe á Fernando

Rochefort, 24 de mayo.

«Mi querido Fernando: Al llegar á Rochefort encuentro la carta que me anuncia la enfermedad á la vez que la curación de nuestra querida niña. Excuso decirte cuánta ha sido mi emoción al pensar en el peligro que ha corrido, así como mi agradecimiento á la excelente joven que ha compartido vuestra angustia y vuestras penas.

»Tengo vivísimos deseos de ir á reunirme con vosotros; por desgracia ciertas atenciones del servicio me retendrán todavía un espacio de tiempo cuya duración no puedo prefiar.

»Tan luego como pueda iré á veros, y emprenderemos juntos, según lo deseáis, el camino de la pobre casa vacía.

»Siempre tuyo

»FELIPE.»

«P. D. — No me he acordado hasta ahora de decirte que mi testamento está depositado en Besanzón, en casa del notario Colard, y que dejo á Lila mi escasa fortuna.

»Dejo también algunos legados insignificantes á antiguos servidores de mi madre. Te ruego además, querido Fernando, que tomes de mi hacienda alguna cantidad que tú mismo fijarás para que la ofrezcas en metálico ó de otro modo á la excelente aya merced á cuyos cuidados se ha salvado nuestra niña, según me dices.

»No te extrañe esta posdata fúnebre; te parecerá una anomalía el que trate de provisiones de muerte precisamente cuando llego á Francia y todo peligro está conjurado; pero todos somos así: para nosotros los marinos, la mar es una amiga á la que no tememos, al paso que la tierra nos parece llena de emboscadas. Acuérdate de Dumont d'Urville, muerto en un accidente de ferrocarril después de haber dado la vuelta al mundo.

»Hasta muy pronto.»

Felipe de Aubián á Santiago de Somieres

Rochefort, 31 de mayo.

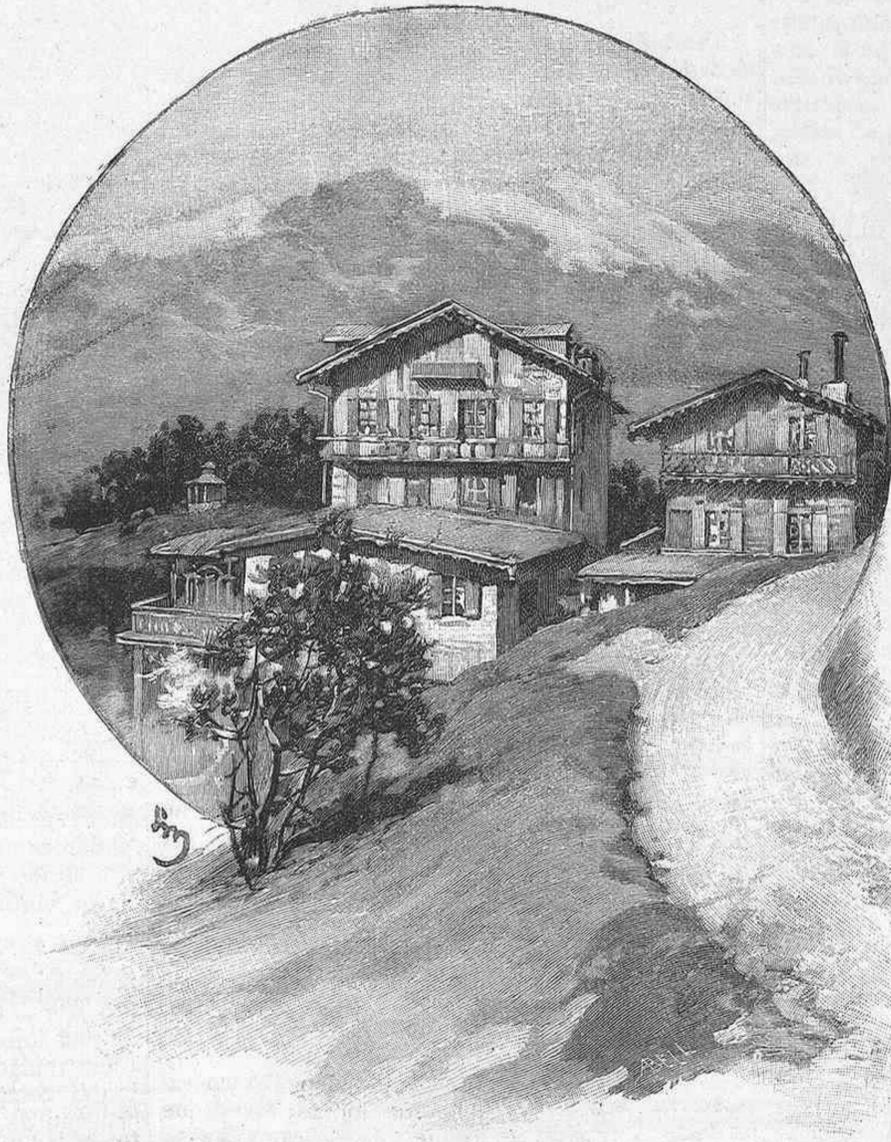
«Querido primo: Hace ocho días que estoy en la rada de Rochefort, y en el momento de mi llegada se lo he notificado al Sr. Martín. Esperaba que me contestara, y confiaba en no molestarte más con este asunto en vista del disgusto que te causa. Pero el Sr. Martín no contesta y su silencio me obliga una vez más á recurrir al cariño que me tienes.

»He pedido una licencia que puede venirme concedida de un momento á otro; quisiera dar por terminado este duelo é ir á Lausana á reunirme con Fernando. Me sería muy desagradable, después de obtenida mi licencia, el tener que permanecer en Rochefort esperando la determinación de un sujeto que no se precipita; y por otra parte no quisiera que mi adversario pudiera decir que he tenido poca paciencia.

»Te ruego, pues, que vayas á verle, y que le preguntes si ha recibido mi carta y la decisión que le conviene tomar. Te doy carta blanca para arreglar las condiciones del combate.

»Te reitero mi gratitud y te suplico que me perdones. — FELIPE.»

(Continuará)



Agradóle una linda casa cerca de Ouchy, á orillas del lago...

dientes, deteniendo los trenes, robando á los viajeros y apuntando al pecho de Duvernoy la boca de un formidable trabuco. Por fortuna, ella, Carlota, estaba allí, y presentaba su propio corazón ante el trabuco cargado de metralla; salía el tiro y caía muerta; pero él la recibía en sus brazos y la bendecía. ¡Ah! ¡Cuán idealmente dulce era morir así!

Cien veces pensó en estas escenas burlescas, acumulando todos los tesoros de su abnegación. Mas ahora la escena cambiaba: no era cosa de morir, sino más bien de vivir, puesto que él le había dado su corazón.

Verdad es que la acariciada y hermosa novela podría tener muchas peripecias antes de llegar al último capítulo: la apoteosis del himeneo. Aún debería probarle que era digna de ocupar el puesto de la amada Elena; no bastaba haber cuidado á Lila con toda la ternura de una madre; pero ¿que más podía hacer?

Habría deseado, por ejemplo, que Duvernoy se quedara ciego para ser su Antígona, ó arruinado por un depositario infiel en el momento preciso en que un tío de América la nombrase su heredera universal, legándole unos cuantos millones. No contar con alguno de estos acontecimientos, hubiera sido dudar de la Providencia; pero á la herencia americana era á la que concedía su preferencia, porque ninguna otra cosa podría probar mejor el desinterés y la generosidad de su amor.

Sentíase indeciblemente dichosa durante aquellos

LOS MAESTROS

DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA DEL NORTE

La Escandinavia se encuentra actualmente en un período de desenvolvimiento poético como pocos ofrece la historia de la literatura, desenvolvimiento que no está solamente constituido por la obra importante de un Ibsen, tan innovador en la forma, sino que además se distingue por la considerable pléyade de poetas que han surgido en aquellas regiones, talentos eminentes, indiscutiblemente personales, que crean bajo la inspiración de un puro sentimiento de arte.

Dejando á un lado á Ibsen, Bjornson y Ola Hansson, tan universalmente conocidos, nos limitaremos á citar á los más interesantes de aquellos poetas y á señalar someramente la característica de sus creaciones artísticas.



AUGUSTO STRINDBERG (nacido en 1849)

Entre los autores suecos ocupa el primer lugar *Augusto Strindberg*. Tiene la característica del genio; pero inclinado sin cesar al análisis, es más bien un pensador y un investigador que un poeta. Desde muy joven abismóse ansiosamente ante el enigma de su yo, y quiso conocerlo disecándolo como artista, encontrando que en él, como en la humanidad, existía el dualismo de las aspiraciones del espíritu y de los deseos del instinto, la lucha de las buenas y de las malas inclinaciones. Su voluntad, su sentimiento de la justicia le empujaban hacia abajo, hacia el vulgo; sus aspiraciones, sus sensaciones refinadas impulsábanle hacia arriba, hacia los escogidos. La solución del problema se la trajo la doctrina de Nietzsche sobre el hombre superior, y como miembro de la «aristocracia de los nervios y del espíritu» elevóse triunfante sobre el rebaño banal de la humanidad de los sentidos. Por virtud de este contraste desarrollóse su concepto de la mujer, comparación trágica entre ella y él: Strindberg la desprecia porque la clasifica entre las criaturas de instinto, y sin embargo le profesa un culto de madre y de virgen que la educación no ha hecho más que aumentar. El deseo de los sentidos lo lleva hacia la mujer; pero su intelectualismo le aparta de ella con espanto: el adorador de la mujer se convierte en enemigo de la hembra, de la que no puede prescindir. En la poesía de Strindberg siéntese también una ciencia rara, una admiración íntima de la naturaleza, lo cual da al



VÍCTOR HEDBERG (nacido en 1861)

mundo poético de sus comparaciones una significación completamente revolucionaria.



GUSTAVO DE GEIJERSTAM (nacido en 1858)

También en *Victor Hedberg* encontramos esa ansiedad melancólica, tan frecuente entre los poetas suecos: quisiera profundizar y descubrir, por la exposición de los humanos destinos, el fin y el sentido de la vida; sus poesías revelan sus aspiraciones á la felicidad y á la alegría, y en ellas siéntese la perturbadora incertidumbre del camino que ha de seguirse, desde el momento en que nuestro ser está hecho de tal manera que no puede conservar la dicha lograda. Víctor Hedberg no es, sin embargo, un pesimista, puesto que encuentra una solución en el amor comprendido: ciertamente que éste no proporciona la alegría exuberante, porque á menudo es el resultado final de un destino penoso, pero por lo menos nos da la paz consoladora. Sus poesías son dulces y profundas; el poeta tiene la visión realista de las cosas, pero las inmerge en la radiación de una esplendente belleza.

Gustavo de Geijerstam empezó su carrera poética escribiendo narraciones naturalistas, de un realismo



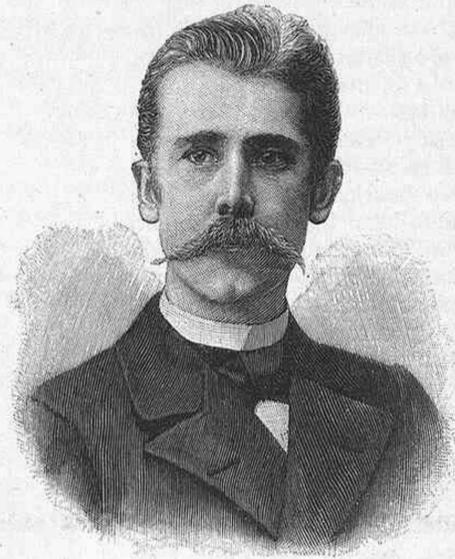
ALFREDO DE HEDENSTJERNA (nacido en 1852)

estrecho, humorísticas unas, trágicas otras: en cambio, en sus principales novelas buscó un terreno en armonía con el ser doble que en él existía, de una parte el hombre de los placeres, desengañado y práctico, que renuncia á su ideal, y de otra el individualista taciturno, última deducción de su personalidad. En *Erik Grane* cree haber encontrado el medio de soportar una existencia banal sin agostarse en ella; pero en *Medusas Hufvued* reconoce la superioridad del individualista idealista cuyo espíritu se convierte en piedra ante la miseria y la injusticia del mundo (ante la *Cabeza de Medusa*): es la suspensión trágica de la victoria del mediocre, de la humillación del noble y del grande. Al mismo tiempo Geijerstam descubre las relaciones misteriosas del ser moral, consagrando cada vez más á su análisis las nuevas tendencias de su arte.

Alfredo de Hedenstjerna es el poeta de la multitud: sabe cómo se hace reír á los unos y cómo se logra que las lágrimas de la emoción acudan á los ojos de los otros; explica la dicha del amor y la existencia fácil del hombre bueno; habla de la lucha y del sufrimiento con esa melancolía sentimental evocadora de las cosas que han quedado lejos envueltas en el dorado crepúsculo del recuerdo, ó bien toma el sufrimiento por el lado cómico, y provocando la risa, borra la penosa impresión de lo serio. En él la

tragedia de la vida truécase á menudo en sainete. Su espíritu cómico tiene algo de superficial, de afectado, de grotesco; pero produce efecto por cierta candidez original. Su fecundidad asombrosa, su inagotable fantasía exponen su obra á un severo examen al través de la lente de la crítica.

Entre los jóvenes poetas suecos es preciso mencionar á *Pedro Halstrom*: el autor de los *Pájaros silvestres* es uno de esos impresionistas que el nervosismo de nuestro siglo ha hecho posibles, en los cuales la palabra es, por decirlo así, un elemento pintoresco, y en cuya alma toda percepción exterior obra como el golpe del arco sobre el instrumento de cuerda. En el estilo está todo el arte de este artista, que ve en la resonancia de la frase la materialización simbólica de una sensación. En la vida moderna, que se preocupa poco del estilo; en la lucha del individuo por la independencia, obstáculo á la armo-



PEDRO HALSTROM (nacido en 1866)

nía de la sociedad, su modo de sentir constituye una disonancia, y en el fondo de su corazón evoca, con pesar, los tiempos de la fe humilde y de la obediencia, pero ese mismo pesar hace sonreír á su ser intelectual. En esas alternativas de escepticismo desesperado y de generosa exaltación, de mordaz ironía y de compasión amarga, encuentra el tono burlesco y el *humour* sentimental. Mas también se deja arrastrar por la psicología disolvente, por las fantasías de un feroz romanticismo, por la pintura vulgar y dolorosa de la realidad. Lo místico le atrae como lo profundo y lo bello, pero tiene miedo de penetrar en este santuario del alma.

Carlos A. Tavaststjerna es el más conocido de los autores finlandeses que escriben en sueco. También éste es un escéptico que contempla la sociedad con una ironía amarga, absolutamente personal: de la humanidad no le preocupa la lucha de las ideas, sino el complicado mecanismo de las almas. Del dualismo de su propio ser saca dos tipos primordiales, el hombre de mundo flexible, elegante y escéptico que tiene todas las probabilidades de vencer en la vida social, y el hombre sentimental, aislado, un tanto brutal, de pensamiento pesado, pero de alma profunda, símbolo de la Finlandia, y tranquilo



CARLOS A. TAVASTSTJERNA (nacido en 1860)

como un crepúsculo: hacia éste dirige su corazón todas sus simpatías.

E. BRAUSEWETTER

(Concluirá)

MÁQUINA PARA FABRICAR LOS BILLETES DE LOS FERROCARRILES EN EL MOMENTO DE SU DISTRIBUCIÓN

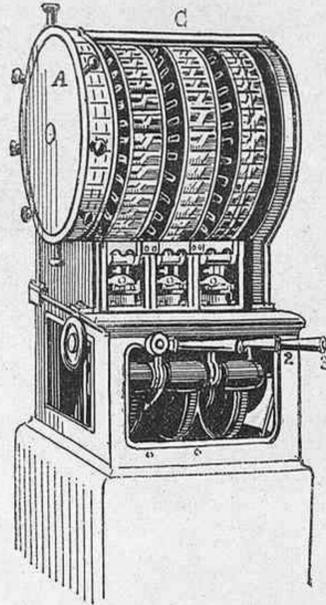
La distribución de los billetes en una estación de mucho movimiento es una operación que exige siempre más tiempo del que desea el viajero, que para tomar el suyo se ve obligado á formar cola durante largo rato.

Y sin embargo, no puede achacarse la culpa de esta relativa lentitud al empleado encargado del despacho, el cual no se entretiene poco ni mucho y antes al contrario suele proceder con la mayor rapidez; pero el sistema adoptado para la venta le obliga á perder bastante tiempo: en primer lugar tiene que buscar el billete en un estante, en donde están clasificados los billetes, entre cientos de ellos, porque, aun sin contar que para cada estación hay las divisiones por clases, hay además para cada una de éstas los billetes enteros, los medios billetes y aun en algunas líneas del extranjero los cuartos de billete.

En vista de estos inconvenientes se ha calculado que sería posible conseguir mayor rapidez fabricando el billete pedido en el momento de entregarlo al viajero, y á este efecto se ha inventado la máquina que el adjunto grabado reproduce: dicha máquina se compone de un cilindro C al cual están arrolladas varias tiras de cartón; contra este cilindro y sobre el

mismo eje hay una rueda A que lleva en su circunferencia el nombre de todas las estaciones.

Para entregar un billete se hace girar la rueda



Maquina para fabricar los billetes de los ferrocarriles en el momento de su distribución

hasta que el nombre de la estación pedida aparezca delante de una abertura practicada en la montura: este movimiento ha determinado en el cilindro el juego de un cierto número de componedores, y entonces basta oprimir, según la clase que se desee, una de las manecillas señaladas con los números 1, 2 y 3 para que el billete vaya á parar á la mano del empleado. Estos billetes llevan, además del nombre de la estación, todas las indicaciones ordinarias, tales como la fecha, la serie, el número de orden, etc.

Al mismo tiempo que se verifica esta operación, una tira de papel, colocada igualmente en la máquina, queda impresa y puede servir de comprobante, pues en ella aparecen registrados el número de orden, el nombre de la estación de destino y los precios colocados unos debajo de otros, de modo que una simple suma permite comprobar á cada momento el estado de la caja.

Estos aparatos, que funcionan desde principios de este año en París, en las estaciones del Norte y de San Lázaro, han dado excelentes resultados.

Si las compañías ferroviarias generalizan su uso, encontrarán en ellas un medio de comprobación eficaz, harán mucho más sencillo el trabajo del empleado encargado del despacho y al mismo tiempo satisfarán los deseos del público evitándole las molestias de tener que esperar turno durante un buen rato.

G. MARESCHAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

FR^{te} BRIANT 150 R. RIVOIL
PARIS
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PILDORAS y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre,
la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la omision de la voz.—PRECIO: 12 RUALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Hergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ca} de Paris
LABELONYE y C^{te}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CEREBRINA
REMEDIÓ SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^{ca}, 114, Rue de Provenca, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES**
Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aons y Dermatosis.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

CH. FAVROT y C^{te}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas farmacias de Francia y del Extranjero

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:
I — CARNE - QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

II — CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

CH. FAVROT y C^{te}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote y gero). Para los brazos, empleese el PILLIVOLE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores u editores

CUENTOS AL AIRE, por José Zahonero. - Pocos escritores españoles aventajan como cuentistas al Sr. Zahonero, cuyos trabajos de este género pueden considerarse entre los mejores que en España se escriben: con decir esto queda hecho el mejor elogio del libro que, formando el tomo 60 de la «Biblioteca Diamante», acaba de publicar el editor barcelonés D. Antonio López y se vende á dos reales.

VISTAS DE MONTSERRAT. - Por encargo de los Reverendos padres del Monasterio de Montserrat han hecho los señores Utrillo y Rialp, dueños de la litografía «L'Art», un precioso álbum que contiene las vistas más interesantes del famoso santuario catalán: son éstas en número de treinta y cinco y están copiadas de bellísimas fotografías sacadas expresamente por la casa viuda de Fernando Rus y reproducidas por medio del fotograbado por la acreditada casa Thomas y C.ª Acompaña á cada vista una descripción de la misma en castellano y catalán. El álbum lleva una bonita portada alegórica.



SAFO, alto relieve en mármol de Luigi de Luca (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898)

PIEZAS PARA GUITARRA, por D. José Ferrer. - Hemos recibido seis piezas para guitarra, escritas por el distinguido compositor Sr. Ferrer, y editadas en París, por el autor unas y por Jacques Pisa (83, Rue Saint Lazare) otras: todas revelan gran inspiración y patentizan el perfecto conocimiento que posee el compositor señor Ferrer del mecanismo de aquel instrumento.

EN CASA DE MI TÍO, por Antonio. - Se ha publicado la cuarta parte de esa serie de *Veladas*, que contiene iguales saludables enseñanzas que las anteriores, de las cuales nos hemos ocupado en otras ocasiones. Ha sido impreso en Barcelona en la tipografía Hispano-Americana.

EL VERDADERO CARÁCTER DE LA CONTIENDA IBERO-YANKEE, por J. de D. Hinojosa. - Interesante folleto en el cual el distinguido publicista chileno Sr. Hinojosa estudia el verdadero carácter de la guerra hispano-yanki, demostrando con gran copia de sólidas razones que los Estados Unidos sólo han procedido á impulsos de los sentimientos más egoístas y de los móviles más bastardos. El folleto ha sido impreso en Santiago de Chile en la imprenta Barcelona.

PAPERS ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B'N BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Sa'at-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION
 EXIJA SE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.
 B.º St-Denis, 46

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. VERRÉ y C.ª, Vicos, 102, B. Richelieu, París.

PANCREATINA DEFRESNE
 Aprobada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.
 - La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS DE APIOL DE LOS D.ºS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORS RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN